



“*La interioridad agustiniana ante el cambio educativo*” aparece en la portada del AULA AGUSTINIANA DE EDUCACIÓN. Un tema que ofrece un interés seductor porque hablar de *interioridad* es aproximarse al núcleo sagrado de las personas, a su mundo más íntimo y profundo.

*Volver al corazón* es consigna bíblica que convertirá san Agustín en uno de las claves que permiten comprender todo su pensamiento<sup>1</sup>. El libro de los Proverbios recomienda: “Hijo mío, por encima de todo cuida tu *corazón* porque en él están las fuentes de la sabiduría”(Prov 4, 23). Y el autor del Eclesiastés advierte: “Marcha por el camino de tu *corazón*” (Qo 11, 9). María guardaba y meditaba las cosas importantes en su *corazón* (Lc 2, 19). El tesoro de la propia vida – según el Nuevo Testamento– se esconde en el *corazón*.

San Agustín identifica el corazón con la propia identidad, la realidad interior más verdadera.”Vuelve al corazón; mira allí qué es lo que tal vez sientes de Dios: allí está la imagen de Dios. En este hombre interior habita Cristo, y en el hombre interior serás renovado según la imagen de Dios; conoce en su imagen a su Creador. ¡Mira cómo todos los sentidos corporales transmiten al centro del corazón la impresión que reciben de fuera! (*Tratados sobre el Evangelio de San Juan* 18, 10-11).

En el fondo insondable de la interioridad encontró san Agustín las preguntas y las respuestas acerca de sí mismo y acerca de Dios. Los interrogantes más apegados a las paredes de su intimidad le llevaron más allá de sí mismo hasta ese infinito que nos trae la noticia del Misterio para acogerlo y disfrutarlo. Desde la propia experiencia, san Agustín elabora un concepto de interioridad que abarca un horizonte amplio de significados filosóficos y teológicos. Constituye, sin duda, una síntesis fundamental de su pensamiento que apunta un camino original de conocimiento: “Regresar hacia sí mismo” (*Contra los académicos* 2, 2, 4). En el mundo interior es donde se aloja la verdad (*El maestro* 14, 45; *Contra los académicos* 2, 10, 22; 3, 14, 31; *La verdadera religión* 39, 72).

Al margen de las reformas legislativas que se ensayan ininterrumpidamente como si se tratara de un nuevo producto de mercado, ¿qué puede aportar la interioridad agustiniana al cambio educativo? El paisaje de desertización ética que contemplamos, el vaivén de criterios y el supermercado de valores que ofrecen las culturas contemporáneas, refuerzan la idea de recuperar lo esencial, lo que –de alguna manera– se aleje de esa exterioridad sin pensamiento y sin autoconciencia en la que se mueve la sociedad contemporánea.

La instalación en la exterioridad devalúa las experiencias existenciales de finitud, de sufrimiento, de muerte, de amor perdurable, y el resultado es pasar por alto la interpretación de los componentes básicos de la vida humana que se aceptan desde la impotencia pero sin que vayan acompañados de mensaje alguno. Las cosas

---

<sup>1</sup>Cit. por JOHN OLFIELD, “La interioridad: Talante y actitud de San Agustín”, en *El pensamiento de San Agustín para el hombre de hoy, I. La filosofía agustiniana*, EDICEP Valencia (1998)197.

sucedan inexorablemente, nadie puede cambiar el argumento de la vida y sólo cabe vivir abrazados a la nada.

La imagen con la que se identifica hoy la cultura postmoderna es la de la *liquidez* y la *fragmentación*. El ser humano de nuestro tiempo está condenado a vivir en un mundo roto que ejerce una fuerza centrífuga sobre las personas y las desplaza de su núcleo personal. Vivimos una cultura que se caracteriza con la metáfora de *líquida* que expresa la poca consistencia de los vínculos humanos en una sociedad individualista, marcada por el carácter transitorio de sus relaciones. El amor es flotante, sin responsabilidad hacia el otro y todo es efímero e intercambiable por la ausencia de certezas.

En este contexto, ser felices, gestionar positivamente los sucesos cotidianos adversos, valorar cada uno de los encuentros del día y liberarse de los acosos de ideas o de ofertas que uno recibe, es algo verdaderamente difícil porque estas conquistas solo se logran desde ese espacio sagrado que es la interioridad. Sagrado porque es el territorio más humano y, al mismo tiempo, el recinto donde Dios nos cita.

El psiquiatra Enrique Rojas acaba de publicar un libro titulado *Vive tu vida. La autoestima en las distintas etapas de la vida*<sup>2</sup>. La vida tiene un escenario público pero resuena en la interioridad. Nuestras decisiones se mueven por el motor de la interioridad y la interioridad es el espacio para el examen crítico de nuestras rebeldías, nuestro inconformismo, nuestras respuestas. Es un área virgen para la serenidad, la benevolencia y la voluntad de superación, una zona verde donde no es posible edificar la simulación, una sala de curas para la desesperanza y las derrotas acumuladas.

Necesitamos encontrarnos, reconocernos y sentirnos para amarnos y cuidarnos. La desilusión, la desesperanza y la inhibición son formas de evasión para disimular un vacío insoportable. No existe descubrimiento más fascinante para el hombre que su propia realidad humana. Muchas personas se desconocen a sí mismas. En las *Confesiones* advierte san Agustín que la gente se desplaza para admirar las cumbres de las montañas, las crestas de las olas del mar embravecido, las caudalosas corrientes de los ríos, el perímetro del océano y las órbitas de los astros, mientras se olvida de sí misma... (X, 8,15). "No puedo vivir sin saber lo que soy y por qué existo, y, sin embargo, no logro saberlo, lo que es lo mismo que no vivir"<sup>3</sup>, escribió León Tolstói.

Cuando san Agustín dice que la verdad reside en el hombre interior (Cf. *La verdadera religión* 39,72), se refiere a la verdad de Dios y a la verdad de nuestra vida. Conocerse a sí mismo no es otra cosa que escuchar lo que Dios dice de nosotros (*Confesiones* X, 3,3). Este escuchar a Dios supone una pedagogía del silencio, una mirada atenta sobre sí mismo, una lectura contemplativa de la realidad, un ejercicio de soledad al que no estamos acostumbrados.

---

<sup>2</sup> Ediciones "Temas de hoy" (2013) 320 páginas.

<sup>3</sup> LEÓN TOLSTÓI, *Ana Karenina*, VIII, 9.

Esta soledad interior no tiene nada que ver con el aislamiento, sino que es comunicación. Así lo expresa Miguel de Unamuno: “Sólo la soledad nos derrite esa espesa capa de pudor que nos aísla a los unos de los otros; sólo en la soledad nos encontramos, y, al encontrarnos, encontramos en nosotros a todos nuestros hermanos en soledad. Créeme que la soledad nos une tanto cuanto la sociedad nos separa. Y si no sabemos querernos, es porque no sabemos estar solos”<sup>4</sup>.

Durante un tiempo se pensó que el cuidado de la interioridad era competencia de las tradiciones espirituales. Hoy, sin embargo, es un concepto englobante que tiene un radio más amplio que lo religioso e incide, también, en la educación. Educación en las aulas –particularmente en la escuela agustiniana – y educación familiar. En las aulas es necesario contribuir a que los alumnos descubran el tesoro de la propia interioridad e introducir el silencio como elemento pedagógico. Silencio creador y fecundo que nada tiene que ver con aislamiento o misantropía. En el marco familiar, los programas de televisión que habitualmente se ven, el volumen de la música, las revistas que se hojean en casa y que ignoran cualquier forma de pudor sobre la propia vida personal o conyugal, son indicadores de interioridad o de vida derramada hacia el exterior.

Un tiempo diario de interioridad nos permite mejorar nuestras relaciones con los demás y con Dios. La soledad y la compañía son dos estados tan necesarios al ser humano como complementarios. Hablar de interioridad es referirnos a una condición para ser persona, por interioridad es relación; interioridad habitada por los otros y por Dios.

El llamado cambio educativo no se refiere, evidentemente, a las últimas innovaciones legislativas imposibles de prever, sino a ese modo de concebir la educación como aprendizaje necesario para vivir desde dentro, ser felices y conquistar el mayor nivel posible de libertad y de plenitud. Un camino para educar el corazón, descifrar los enigmas cotidianos de la vida, crecer en sensibilidad y ternura, hacer una trenza con mis aprendizajes y experiencias, y descubrir que crecer el hombre es crecer Dios en el hombre (*Tratados sobre el Evangelio de San Juan* 14, 5).

PUBLICACIONES FAE

---

<sup>4</sup> *Soledad*, Espasa Calpe, Madrid (1962) 32.

# LA JUVENTUD Y LA FAMILIA: FORTALEZAS Y DEBILIDADES

JUANA SÁNCHEZ-GEY VENEGAS  
Universidad Autónoma de Madrid

## *Introducción*

Creemos que hoy nadie duda de la importancia que se le concede a la familia social y emocionalmente. La familia es el espacio afectivo por excelencia. Es más, en las estadísticas sobresale con una valoración elevada. Incluso, actualmente, en tiempos de crisis es aún más valorada porque no solo es lugar de afectos, sino que ejerce un papel de apoyo estructural y económico. Sin embargo, la familia ejerce sobre los jóvenes escasa influencia. Por tanto, hemos de analizar esta situación bajo unas coordenadas más hondas: ¿Constituye hoy la familia un valor moral tanto en la dimensión personal como en la dimensión social? ¿La familia educa?

Analizaremos primero sus debilidades y posteriormente sus fortalezas en relación siempre con los jóvenes, teniendo en cuenta algunos valores que constituyen la base de la familia: la fidelidad, por lo que hablaremos del amor, la autoridad, por lo que hablaremos de la responsabilidad, el esfuerzo, por lo que hablaremos del cuidado, la atención y la formación, por lo que hablaremos de la contemplación y desarrollo emocional.

### I. *La juventud y la familia: debilidades.*

#### a) *Autoridad y responsabilidad.*

Una de las mayores debilidades de los últimos tiempos ha sido la desautorización de los padres ante la autoridad. Muchos estudiosos han llamado la atención sobre este hecho. Hanna Arendt, entre otros, ha alertado sobre la necesidad de reconocimiento que tiene todo ser humano de medirse y hasta de ensoñación con Alguien que le anime y aliente en la tarea y proyecto de vivir. Sin autoridad, sin modelo de conducta el camino de la vida se hace más árido y hasta sin sentido. Autoridad no es autoritarismo y, en ocasiones, se ha confundido, haciendo un flaco favor al desarrollo emocional de los jóvenes.

Pero, hay que reconocer que el rechazo de la autoridad de los alumnos proviene de la dejación de la responsabilidad por parte de los padres. Muchos padres, en un afán de condescendencia y permisividad, prefieren ir

de “colegas” antes que de “adultos”. Y una de sus consecuencias es el pasotismo o la dejación de la responsabilidad. Mirar para otro lado ante la dificultad, no querer encontrarse con ningún tipo de problema ni afrontar ninguna preocupación es propio de unas conductas frívolas y, a menudo, ignorantes porque en estas actitudes se niega, probablemente sin saberlo, el verdadero amor. El amiguismo deja a los jóvenes sin referencias y a los adultos confundidos. En estos últimos años muchos padres han acudido a los centros escolares con la queja siguiente: “yo ya no sé qué hacer”, “no puedo con él o con ella”. No se puede abrir una brecha tan grande entre la exigencia de derechos y el desinterés por los deberes. Los padres son los primeros educadores y han de afrontar estos problemas. Mucho más cuando los padres en ese afán de “colegismo” desautorizan permanentemente a los profesores. Con ello se deforman las verdaderas relaciones que promueven la convivencia generacional y se deforma incluso hasta la comprensión de la realidad y del lenguaje. “A los niños irrespetuosos se les llama niños problemáticos”, y lo cierto es que el respeto es una capacitación para la vida y para el conocimiento; sin el respeto resulta difícil el desarrollo interior, intelectual y cultural.

b) *Las prisas o el estrés.*

Algunos autores han advertido acerca de “la mala conciencia” de muchas familias a la hora de la convivencia; la primacía del interés económico ha llevado la escasez de vida familiar. Se vale por lo que se tiene, no por lo que se es. Este lema de vida ha supuesto una carrera de obstáculos donde prima el agobio y las prisas. Ha supuesto y supone una debilidad frente a la fortaleza del ocio, la fiesta, la convivencia familiar.

La familia ha tenido, en otros tiempos, un sentido económico fuerte pero ganó cuando desarrolló otros lazos también, sin perder aquél, y éstos fueron crecer hacia lo íntimo y hacia lo personal. Cuando se gana en estos valores la familia no pierde nada sino que lo gana todo. La fiesta, la convivencia supone memoria y memorial, recuerdo y pertenencia y, como decía Saint Exupery, “marca con un ritmo propio la vida personal y comunitaria”. Dicho de otro modo, si no hay convivencia no hay transmisión de conocimientos ni de valores, habrá, entonces, solo tecnologías o estrategias.

Edgar Morin en su obra *Los siete saberes necesarios para la educación del futuro*, dice: “El siglo XXI debe abandonar la visión unilateral que define al ser humano por la racionalidad (*homo sapiens*), la técnica (*homo faber*), las actividades utilitarias (*homo economicus*),

obligatorias (*homo prosaicus*)<sup>1</sup>. La educación del futuro exige “la misión espiritual de la educación: enseñar a que las personas se comprendan como condición y garantía de la solidaridad intelectual y moral de la humanidad”<sup>2</sup>.

Hace unos años el Ministerio de Educación de Quebec planteó la cuestión de un servicio escolar de animación espiritual y compromiso comunitario: *Pour approfondir sa vie intérieure et changer le monde*. El servicio del Ministerio es de carácter no confesional y claramente diferenciado de la enseñanza católica y protestante, lo recuerdan en sus documentos; sin embargo, exaltan palabras e ideas como: Interioridad, creencia, religión, filosofía de la vida, Dios.

“La vida espiritual –dice el texto– es un caminar individual, aunque dado en una colectividad, que se enracima en las cuestiones fundamentales del sentido de la vida y que tiende hacia la construcción de una visión de la existencia coherente y movilizadora, en constante evolución”. Es decir, el compromiso comunitario significa “mejorar el mundo en el que se vive” o bien “hacer algo por los demás”. Es una aportación de cada persona a la vida colectiva siempre basada en la dignidad humana y el deseo de crear un mundo mejor y más fraterno.

El 19 de agosto del 2003, un comunicado de la Comisión Escolar de Quebec señala que “el servicio de animación a la vida espiritual y el compromiso comunitario está integrado en el programa de formación de la escuela de Quebec, así como en la misión de la escuela que, además de instruir y de cualificar, permite a los jóvenes socializarse”.

En definitiva, educar es socializarse y educar es educarse, y hoy percibimos que los jóvenes sienten las carencias de una falta de comprensión de sí mismos y que necesitan aprender a situarse en sus propias circunstancias, porque “ni se piensa desde ningún lugar” y “ni se siente desde el vacío”, sino que lo importante es confrontar las ideas con el aquí y ahora en el que estamos. En ello consiste el pensar y la verdadera filosofía, etc. porque aprender es palpar mejor la condición humana y esta formación supone descubrir que toda escritura lo es desde sí mismo. Cualquier escritura o cualquier filosofía nos interesan en la medida que nos confronta con nosotros mismos, nos hace pensar, nos alerta de ciertos riesgos o nos descubre nuevos horizontes. Cuando se tienen prisas y agobios se vive sin tiempo para la comprensión. Ricoeur decía que

---

<sup>1</sup> Morin, E. *Los siete saberes necesarios para la educación del futuro*. Barcelona, Paidós (1999) 70.

<sup>2</sup> *Ibidem*, 113.

*comprenderse es apropiarse de la propia vida de uno. Y se echa en falta el amor.*

Tampoco hay tiempo para la celebración: cuando ni las comidas se hacen en común, aún menos se celebran fiestas. Y, sin embargo, los seres humanos necesitan de un tiempo para la reflexión y el descanso emocional. Es tan necesario como el trabajo. La contemplación y el amor requieren convivencia y ésta necesita de tiempo. Compartir, vivir en común humaniza; el estrés, el agobio, la prisa, deshumanizan y cuando uno cae en la cuenta ya no puede dar marcha atrás y los niños han crecido, las palabras llegan tarde y la comunicación no ha calado porque hemos vivido bajo el mismo techo pero sin conocernos. La amistad, como el amor, requiere tiempo, la mirada y la caricia nunca exigen prisas. A menudo, las prisas son la envoltura de unas actitudes cómodas o, al menos, tranquilizadoras, que ocultan un verdadero deseo de vivir en común.

La convivencia no es una suma de acciones sin sentido, sino que requiere condiciones que aportan un sentido, que es el compartir un proyecto en común y entonces esas acciones se convierten en acontecimientos y encuentros que forman nuestra pertenencia y arraigo a los hechos. “Sólo cuando vivimos un compromiso, somos felices” (Adela Cortina). Lo contrario es el desarraigo y la violencia. Las prisas, el activismo, la eficacia por encima de todo aportan violencia. Y resulta sinónimo de la pérdida de sentido, de la cobardía de no querer una entrega que requiere esfuerzo.

### c) *Individualismo y soledad.*

Cuando no hay compromiso crece el individualismo y en una sociedad individualista las relaciones estables y los valores morales se vuelven frágiles. Hoy da la impresión de que muchos jóvenes no saben en qué consiste el bien. Existe un vacío ético como uno de los claros elementos de la sociedad actual.

Sin embargo, un filósofo, Premio Príncipe de Asturias del 2011, conocido por sus grandes descubrimientos acerca de las inteligencias múltiples –Howard Gardner–, ha publicado un reciente libro que ha titulado *Verdad, Belleza y Bondad reformuladas. La enseñanza de las virtudes en el siglo XXI*<sup>3</sup>. Pretende recordar de nuevo la necesidad de vivir estas virtudes y parafrasea a Kant animando a que el “Atrévete a pensar por ti mismo” podría traducirse hoy por: “Atrévete a ser bueno”.

---

<sup>3</sup> Gardner, H. *Verdad, belleza y bondad reformuladas. La enseñanza de las virtudes en el siglo XXI*, Barcelona, Paidós, 2011.



Gardner expone la conveniencia de perseguir este bien en nuestra vida moral (personal) y ética (social) y subraya varios aspectos muy significativos:

- a) Recuerda, como se viene haciendo en la antropología y psicología del siglo XX, que a los 2 o 3 años la mayor parte de los niños expresan la distinción entre lo bueno y lo malo.
- b) Lo bueno se refiere a las relaciones humanas y Gardner lo denomina “moralidad vecinal” y la responsabilidad se refiere a la ética más relacionada con las funciones profesionales.
- c) Recuerda que esta bondad se pervierte cuando los propios intereses se contraponen con el bien; ejemplo: el médico se prepara para salir de vacaciones, pero aparece un paciente que requiere una intervención quirúrgica, ante este dilema debe distinguir el bien en sí, a pesar de sus intereses propios.

Gardner ha investigado en estos últimos años fundamentalmente sobre la ética, es decir, cómo realizar un “buen trabajo” y cómo ser un “buen ciudadano” y ha observado que al comienzo del segundo milenio, la cultura y hasta la filosofía postmoderna han teñido el pensamiento de relativismo, lo cual ha influido en la búsqueda del bien. El resultado de sus investigaciones ha sido que los jóvenes padecen una anomia, es decir, una indiferencia a las normas para juzgar lo moral y lo ético tanto en su conducta como en la de los demás. Y aunque conocen qué es el bien, lo dejan para más tarde. La causa de este abandono ha sido: el relativismo y los medios digitales, lo cual vamos a analizar brevemente.

Tanto Gardner, como otros pensadores actuales, por ejemplo Javier Gomá<sup>4</sup>, se encuentran en la estela de la mejor filosofía española que siempre ha defendido la necesidad de modelos como condición para conocer el bien y vivirlo. Entre estos filósofos: Ortega y *La Pedagogía de la contaminación*, Zubiri y Zambrano que hablan de *La fuerza del ejemplo*, García Morente sobre *Vicios y virtudes de la condición del maestro* y Rielo, que fundamenta su metafísica en una concepción que parte del Modelo Absoluto para explicar, posteriormente, la antropología, la teoría del conocimiento y, especialmente, la mística.

Sin embargo, el postmodernismo propuso una suerte de relativismo que

---

<sup>4</sup> Gomá, J *Imitación y experiencia* (2004), *Ejemplaridad pública* (2009) e *Ingenuidad aprendida* (2011) entre otros.

ha impedido a los jóvenes atender a unos criterios morales que están inscritos en la naturaleza humana. En consecuencia, Gardner ha realizado algunas investigaciones y observa que los jóvenes "carecen de una brújula ética que rija su conducta" de modo que no quieren, no saben o no pueden responder a preguntas acerca de cuáles son las personas a las que admiran o a las que no admiran. Ahora bien, Gardner señala que "antes de mirar con recelo a estos jóvenes, los adultos debemos mirarnos al espejo. Si las normas de conducta se han vuelto más laxas, es porque hemos sido modelos inadecuados de conducta admirable, así como sancionadores inconstantes, renuentes o ausentes de las acciones inaceptables"<sup>5</sup>. Subraya la importancia no solo de conductas ejemplares sino también de ejercer el cuestionamiento y la llamada de atención, porque si no el pasotismo y la indiferencia provocan que ni se viva el bien ni se corrija el mal.

Esta anomia lleva a no comprometerse con ningún bien y así se dice: "La verdad de una persona puede no coincidir con la verdad de otra; que dos perspectivas pueden ser asimismo válidas o correctas; que nadie tiene derecho a juzgar a las personas que provienen de otros orígenes o culturas; que todo el mundo tiene buenas y malas cualidades"<sup>6</sup>,

En una sesión ni siquiera conseguí que los alumnos declarasen que Hitler debía figurar en la lista de los que no deben ser admirados. Un estudiante murmuró: "Hizo algunas cosas buenas para Alemania"<sup>7</sup>.

A los males del postmodernismo se unen la tergiversación y el desafío que supone la cultura de los medios digitales. La reflexión acerca de la condición humana y la presencia del bien se debe a que, para conocer el bien y vivirlo, se requieren algunas condiciones. Gardner señala las siguientes:

- a) Conocerse a sí mismo. El desarrollo de una identidad propia.
- b) Desarrollar una confianza de modo que podamos ofrecer una información creíble.
- c) Lo deseable es que cada persona pueda elegir la forma de exponer y manejar la propia intimidad.
- d) Respetar la propiedad intelectual.
- e) Alentar la vida comunitaria sobre todo permitiendo el cara a cara.

Sin embargo, la sociedad actual ha tergiversado estos valores que hemos mencionado y hoy se vive

---

<sup>5</sup> Gardner, H. *Verdad, Belleza, Bondad, op. cit.*, 122.

<sup>6</sup> *Ibidem*, 121.

<sup>7</sup> *Ibidem*, 120.

- a) Identidades *on line* en donde con facilidad se puede falsificar la propia identidad.
- b) Cuando circulan diversas identidades se aminora y se mina la confianza.
- c) Hoy cada uno de nosotros está expuesto a informaciones sin ningún tipo de privacidad.
- d) De todos es conocida la facilidad para violar este respeto a la propiedad.
- e) Desde esta comunidad *on line* se puede ampliar sus términos hasta lo realmente incognoscible.

Tal vez los jóvenes no son conscientes de todos los riesgos que entrañan estos peligros, pero lo inquietante es que necesitan maestros que les enseñen estos valores y esta falla ha sido irreparable. Se requieren modelos para acometer el bien y de forma universal. Gardner llega a recordarnos que hay que seguir pensando sobre "la moralidad vecinal" y, por supuesto, sobre una ética que trascienda nuestras fronteras: la ciencia, la medicina y la navegación aérea nos dan ejemplo de ello e instituciones como el Tribunal Internacional de Justicia y documentos como la Declaración de los Derechos Humanos son ejemplos fehacientes.

## II. *La juventud y la familia: fortalezas.*

### a) *El esfuerzo.*

Hoy tenemos la juventud mejor preparada y, en muchos casos, la más despierta de todas las épocas, que sabe lo que quiere y cómo alcanzarlo, aunque no siempre tenga los medios. Y, al mismo tiempo, también existe una juventud con medios y que, en ocasiones, no sabe lo que quiere.

Cualquier proyecto humano requiere de un esfuerzo, a Ortega le gustaba decir que no somos una realidad hecha (*factum*) sino un *faciendum*, que hemos de hacernos cada día. Desde aquí surgen las grandes tareas humanas y humanizantes que requieren esfuerzo, ilusión, entusiasmo: la familia, la cultura, la religión. En estas grandes ideas o proyectos la persona se va haciendo a medida que va superando sus propias carencias a través del ideal y de las relaciones personales con los otros que viven el mismo ideal.

Hemos de saber qué entendemos por familia y cuál puede ser nuestra tarea personal. Es inadecuado o insuficiente pensar en la familia como célula básica de la sociedad pues comporta, además, algunos elementos básicos como son: afecto, exigencia y comunicación. Y esta exigencia lo es porque la familia es el vínculo natural como exigencia originaria que asume la

complejidad, padres e hijos, generaciones diferentes, hombres y mujeres, unidad y diversidad necesarias como raíz ética de una verdadera convivencia. Por tanto, se requieren valores que hagan vivir afectuosamente dicha complejidad. No es solo el vínculo biológico, es la mirada en una misma dirección lo que une realmente a la familia.

En la familia se arraigan valores intelectuales, cognitivos, creencias... que amplían la realidad, comportan un mundo imaginario de proyectos a realizar o de sueños a compartir que constituyen el entramado natural de los afectos, sentimientos sin los cuales no podríamos progresar como personas. Sin ellos no podríamos vivir o viviríamos mucho peor. Hemos hablado de la contemplación (teoría, mirar y admirar) y ello supone una meta, un objetivo, una finalidad. El verdadero saber es el que arrostra unas consecuencias para nuestra vida, los otros conocimientos son saberes que se quedan solamente en información o erudición.

#### b) *El amor como formación*

“El hogar proporciona al niño la experiencia del afecto y de pertenecer a una pequeña comunidad en la que se siente importante. Le permite, además, relacionarse con personas de ambos sexos y de diferentes edades, y tomar contacto con múltiples aspectos de la vida de los adultos. De este modo, el hogar resulta útil como correctivo de la simplificación artificial que se da en la escuela” (Bertrand Russell)

Russell defiende el papel de la familia como complejidad orientadora de la formación de la persona sobre la base del amor que enriquece a la persona y permite la ayuda a otras. Podríamos destacar, como si de fórmulas matemáticas se tratara, el amor como fuente de verdad y conocimiento

- a) El amor es fuente de pertenencia, de identidad y sanas relaciones, de fortaleza. Comporta la realización personal que es eje vertebrador de la vida humana.
- b) El amor comporta un componente afectivo en el que se desarrolla la atención al otro y el entusiasmo, base de toda ensoñación.
- c) El amor engendra relaciones personales en las que se busca de verdad al otro y en la familia tiene el carácter de la espontaneidad.
- d) El amor tiene como carácter propiciar acciones como la confianza, el respeto, la responsabilidad y el conocimiento que engendran ayuda mutua, diálogo, compasión, comprensión, etc.

Es cierto que en estos años de claro auge de la inteligencia emocional hemos de reconocer que la familia configura una adecuada estructura interior para ayudar a crear personalidades maduras y abiertas, ¿lo consigue siempre?

Al final de la tarde nos examinarán del amor. Al final de la tarde no nos esperan solos y son los otros quienes nos ayudarán a que pasemos este examen con sus vidas, sus ejemplos, sus palabras, sus correcciones, etc.

Hoy la familia se ha empobrecido porque para muchos es un lugar de paso, se ha reducido a la materialidad de lo que hay, las paredes, los muebles, lo que se tiene...Sin embargo, lo importante es saber a dónde se va, cuáles son los proyectos, aunque con esfuerzos y sacrificios.

c) *El espíritu de familia o el trabajo en equipo.*

El espíritu de familia o trabajo en equipo requiere, entre otras virtudes, la de una verdadera educación. Solo aquél o aquella que esté verdaderamente abierto a los demás, que no se queda encerrado en sí mismo, en sus gustos o disgustos, que sea capaz de tener sueños grandes y entusiasmo para llevarlos a cabo, solo éste podrá crear el espíritu de familia y, por ello, es necesario vivir los valores que se expresan de muchos modos, por ejemplo, en:

\* La educación como virtud humana que hace a la persona amable y dispuesta a amar; poseedora así del buen gusto y de las buenas maneras – como señalaba Gadamer en su libro *Educar es educarse*– pues una persona educada lo es porque no solo piensa en sí misma sino que también piensa en los demás: “Los modales exigen que uno no piense solo en sí mismo sino también en que se molesta a alguien”<sup>8</sup>.

\* Gadamer añade: Saber conversar con los otros es sinónimo de saber tratarlos, por tanto las buenas maneras y la conversación son valores del ser educado. ¡Qué alejados estaríamos entonces de la competitividad malsana y envilecida y de todas las formas deshumanizadas del momento actual que están reñidas con un espíritu familiar siempre al servicio de la persona!

\* Crear este espíritu de familia tiene que ver con la confianza que despertamos y alentamos en los demás, lo cual significa tenerles en cuenta, interesarse por los otros y no vivir solo los propios intereses, como recuerda Adela Cortina al señalar que la actitud más humana es la de crear comunidad.

---

<sup>8</sup> Gadamer, H. *Educar es educarse*. Barcelona, Paidós, 24.

No nos refugiemos en la añoranza, sino "manos a la obra". ¿Que los otros tiempos fueron mejores? Mirad:

"Nuestra juventud prefiere ahora el lujo y la molicie. Tiene modales chabacanos y desprecia la autoridad. Ha perdido el respeto a los mayores. Prefiere el parloteo y divertirse en vez del honrado esfuerzo del trabajo. Los jóvenes de ahora contradicen a sus padres. Comen sin urbanidad y tiranizan a los maestros" (Sócrates 470-399 a.d.C.).

Muchas gracias.

# LA EDUCACIÓN DE LA INTERIORIDAD. UNA MIRADA HACIA EL FUTURO

JOSEÁN MANZANOS  
Profesor de Interioridad.

*“No quieras derramarte fuera;  
entra dentro de ti mismo,  
porque en el hombre interior reside la verdad”*

(SAN AGUSTÍN *La verdadera religión* 39, 72)

## I. EL VUELO DEL TRAPECISTA

En este siglo XXI la situación de la humanidad evoca más a un trapecista que saltando del trapecio está suspendido en el aire habiendo soltado aquello que le sostenía y sin haber encontrado aún el nuevo trapecio que le permitirá seguir su maravilloso movimiento en el aire.

Cuando escuchamos que hemos entrado en un nuevo paradigma significa que ha cambiado *el conjunto de experiencias, creencias y valores que afectan a la forma en que un individuo percibe la realidad y la manera en que responde a esa percepción*. Es muy importante subrayar que lo que ha cambiado no son las formas externas, sino las *experiencias y valores que afectan al modo de percibir la realidad y a la forma de responder a ella*.

Entre nuestros hijos y nosotros no sólo hay diferencias de destrezas en cuanto a lo tecnológico, sino también diferencias de comprensión de la realidad, es decir, diferencias sobre qué valores tienen, qué realidad perciben y cómo responden a ella desde sus nuevos paradigmas.

## II. UN TIEMPO AXIAL

Son notorias las diferencias que separan el modo-de-ser de las nuevas generaciones, del modo-de ser de la nuestra. Aunque algunos se empeñan en asemejar esta distancia a lo que siempre ha ocurrido entre generaciones, en el mundo científico y humanista ya se habla de un *tiempo axial*; lo que en boca de muchos ya se ha anunciado como “*un cambio de época y no una época de cambios*”. Para entender bien las transformaciones que se están operando en este siglo, hay que

comprender primero cómo son nuestros niños y jóvenes de hoy. Estas nuevas generaciones tienen algunos rasgos que podemos agrupar en siete características comunes:

- Generaciones *autónomas*. *Cambios en el punto de referencia*

Nunca antes se había conocido en el desarrollo humano infantil una capacidad tan precoz de realizar descubrimientos de forma individual. La *proactividad* (no hiperactividad) es esa capacidad para sentirse dueño de su propia vida, sabiendo qué pasos dar para alcanzar aquello que siento me satisface. Es como si cada niño tuviera en sí mismo insertado un *microchip* o destreza interior que le fuera indicando cómo llegar hasta el lugar previsto. Esta facultad de pensamiento se ha denominado también como "*pensamiento autoconstructivo*". Se va construyendo el pensamiento desde las propias percepciones personales sin necesidad de tener referentes absolutos externos.

Por lo tanto, primer nuevo paradigma: existe aquello que puedo percibir EN mí.

- Generaciones ultrarrápidas.

La velocidad es hoy el elemento más identificable en cualquier actividad humana. Nunca se había corrido tanto. Muchas de las razones de nuestro estrés colectivo son consecuencia de la velocidad en la que vivimos. Los *mails*, los *whatsapp*, los *SMS*, las *redes sociales*, etc., son una fina lluvia constante que nos mantiene empapados de "agua". Pero la velocidad tiene una dimensión más profunda y que nace del germen de un nuevo pensamiento: hoy, todo es provisional y cambiante. Es decir, lo estático, inmóvil e inmanente ha quedado en el "olvido" de nuestras mentes más jóvenes. La velocidad es sinónimo de "valor temporal".

Esta dimensión temporal nueva nos abre al entendimiento del segundo nuevo paradigma: es válido aquello que se vive en el INSTANTE.

- Generaciones experienciales.

Es verdad, que para cualquier persona lo vivido es más importante que lo aprendido. Pero la diferencia radica en la predisposición genética de no aceptar aquello que no sea consecuencia de una experiencia. Para nosotros, que hemos crecido en "*la letra con sangre entra*" o en "*tienes que*", existe un imaginario aceptado que no es experiencial. Hacemos



cosas (rituales, costumbres,...) y creemos en cosas (dogmas, fe,...etc.) que no necesitan pasar por nuestra experiencia. Son válidas porque racionalmente las asumimos y así nos las han transmitido. Esta es la gran distancia respecto a nuestras generaciones más jóvenes. Hemos pasado de la *sociedad del esfuerzo* a la *sociedad del descubrimiento*.

He aquí el tercer nuevo paradigma: existe lo que SIENTO.

- Generaciones interconectadas.

Esta evidencia es indiscutiblemente nueva en este mundo del siglo XXI. Nunca antes se había podido ni imaginar un mundo en el que con un movimiento de un dedo pudiera estar en contacto con las antípodas de mi propia habitación. Esta nueva realidad se genera porque el pensamiento actual todo está unido, relacionado. Todo es parte y nada es todo. Es decir, ningún pensamiento o creencia es válido si no está unido o conectado a todo lo demás. Esta es la razón por la que algunas formas de creencia han caído en el olvido juvenil. Además, nada puede ser significativo en mi forma de entender o pensar si para afirmarme yo, niego a otro.

Cuarto nuevo paradigma: todo está RELACIONADO

- Generaciones universales. *Cambios en el alcance (ya no es privado)*.

El mundo ya se nos ha quedado pequeño. Viajar hoy es una realidad muy cercana para una gran parte del mundo. Nuestros hijos y alumnos han roto la barrera de lo local para alcanzar lo universal.

He aquí el quinto nuevo paradigma: lo particular es relativo; vale lo UNIVERSAL.

- Generaciones visuales. *Cambios en la metodología, en la forma de acceso (ya no es discursiva)*.

La palabra ha pasado a ser un modo de comunicación relativo. Ya no es tiempo del discurso. Vivimos en un momento histórico en el que la imagen lo ocupa todo. Las televisiones planas, el *fullHD*, el *3D*, los móviles, los vídeos, el *skipe*, *youtube*... Un infinito mundo visual en el que la palabra está recortada, mal escrita y expresada en forma sintética, de mensaje breve. El mundo está contenido en imágenes sugerentes (*power point*) que invaden nuestro imaginario personal. Una de las diferencias significativas de este tiempo visual está en el valor de la imagen como sugerencia, como pregunta. Toda imagen evoca una gran

amplitud de respuestas que, además, te introduce en el mundo o lugar observado.

El sexto nuevo paradigma es: percibo desde lo que VEO.

- Generaciones liberadas. *Cambios en los contornos, en los límites.*

El término acuñado es: *flow& free*. Porque, además de ser generaciones liberadas (que no es lo mismo que libres), son generaciones “*fluidas*”. Hoy lo que no fluye no es. Fluir significa que atraviesa sin obstáculos ni impedimentos.

El séptimo nuevo paradigma se puede enunciar así: el pensamiento es LIBRE, SIN COTOS.

Es en este nuevo escenario en el que sitúa la *educación de la interioridad* como respuesta pedagógica a un mundo que ha cambiado sus claves de interpretación. Y en este cambio, también se contiene una transformación de la formación religiosa y espiritual en la que ya se comienza a hablar de “viaje hacia el centro”, “proceso educativo hacia el adentro”, “la competencia espiritual”, o “educar la dimensión profunda”.

En la educación de la interioridad planteamos abrir caminos que permitan orientar un proceso que pase del “conocer” al “explorar”, de las respuestas a las preguntas, de lo cerrado a lo abierto, de la certeza a la mediación

### **III. UN APRENDIZAJE HACIA EL CENTRO DEL SER**

#### **3.1. FUNDAMENTACIÓN**

Cuando hablamos de interioridad hacemos referencia a la *dimensión más profunda* del ser humano, es aquello que le da sentido a su vida y que habita en toda persona, independientemente de sus creencias, vínculos religiosos, razas, culturas o situación personal o social.

La interioridad es la capacidad de reconocerse desde dentro y de relacionarse desde lo auténtico y profundo para poder encontrar un equilibrio personal y social. Interioridad no es opuesto a exterioridad, sino que *interioridad es opuesto a dispersión*. Es el descubrimiento de esa realidad profunda que en el ser humano se traduce de diferentes formas y que necesita ser educada y trabajada como una dimensión esencial en toda persona. Por eso creemos que la interioridad pertenece al ser, a la esencia, a lo constitutivo y no tiene una ligazón exclusiva a

ningún pensamiento religioso aunque por supuesto lo recoge, y es la base de todo recorrido espiritual sea religioso o no.

Admitiendo que la interioridad es una dimensión del ser humano, tenemos que aceptar, consecuentemente, que debe ser un camino educativo que no puede faltar en un proyecto docente. Por eso nosotros hablamos de educar la interioridad como un camino educativo hacia el *centro del ser*, también expresado como un viaje hacia el adentro, hacia la profundidad, hacia lo esencial. Por tanto, hablar de interioridad es hablar de sentimientos, de búsquedas, de expresiones profundas y de caminos personales hacia el reconocimiento de que lo que soy tiene un lugar en mi preferente que está en mi propio interior.

Cuando hablamos de educar la interioridad, estamos diciendo que abrimos un *proceso de acompañamiento* en nuestro alumnado para llegar a su dimensión más profunda y poder encontrar lo esencial que en él habita y que da sentido a su vida, incluso para ser capaces de percibir aquello que trasciende a toda persona o ser humano.

Educar la interioridad es hablar de proceso, es hablar de un camino por recorrer que tiene que ser realizado desde la edad más temprana y continuar durante toda la vida, por lo que creemos tiene una responsabilidad educativa esencial *en el currículo* que debemos implantar en las escuelas.

Hablar por tanto de educar la interioridad, es hablar, es expresar y es fijar una serie de *objetivos y contenidos* que pueden ser aprendidos y que pueden ser acompañados y enseñados en un proceso educativo del que no puede estar ausente nuestro ser.

Educar la interioridad es enseñar a nuestros niños y nuestros jóvenes que lo que viven y lo que son, está regulado siempre por la experiencia interior que cada uno tiene y que puede ser una experiencia que queda relegada o, por el contrario, ser una *experiencia que puede ser vivida* y acompañada también para hacerla crecer.

“**En ti**” es un proyecto educativo de educación de la interioridad, un proyecto pedagógico *transversal* orientado dentro de la acción tutorial, centrado en el desarrollo de la dimensión de enseñar a ser persona, orientado como camino hacia el centro del corazón del ser humano que vive apasionado y es capaz de amar y ser amado.

El proyecto educativo “**En ti**” cultiva la interioridad como aprendizaje de la percepción existencial en la que se *integra* todo en todos. Este proyecto educativo apuesta también por un aprendizaje universal, experiencial, abierto, integrador y creativo.

El nombre del proyecto “**En ti**” expresa cómo quiere recoger la particularidad que cada ser humano alberga una experiencia interior que le define, abarca y trasciende. Toda persona experimenta esta experiencia desde el momento de su desarrollo evolutivo en el que descubre que lo que es, es *aquello que vive dentro* de sí mismo.

Este proyecto refleja un proceso personal pedagógico y de progresivo descubrimiento, es decir, hay algo en ti que no siendo tú, hace que seas lo que esencialmente eres. Este camino de adentramiento es una búsqueda, un buceo o una indagación. Se origina desde la expresión de la preposición “en” que obliga a descubrir en uno mismo lo que va *de dentro hacia fuera*, de la hondura hacia la superficie, es una identificación del propio ser con aquello que le hace precisamente ser.

Es un proyecto que parte de la realidad del alumnado del siglo XXI cuyos *rasgos esenciales* son el auto-constructivismo, lo sensorial, el mundo emocional, lo experiencial y la universalidad.

Las claves o pilares básicos del proyecto son: descubrir formas de *escucha* de sí mismo y del otro, fomentar la capacidad de atender *cada instante*, descubrir el *silencio* como forma de introspección y percibir una *existencia* mayor que yo mismo que, a la vez, me hace ser lo que soy.

### 3.2. ESTRUCTURA

- Para los más pequeños es un proceso orientado hacia la *calma* en el que puedan descubrir lo que *sienten*, lo que *escuchan* y lo que *ven*.
- Para las edades comprendidas en el entorno de la niñez, el proceso de interioridad busca alcanzar la *paz interior* a través de la *búsqueda interior*, la *imaginación*, la *simbología*, la *creatividad* y el aprendizaje del *silencio*.
- Para las generaciones adolescentes se orienta el proceso hacia el descubrimiento del *equilibrio* personal desde la *respiración*, la *quietud*, la cultura de la *pausa*, y el *adentramiento*.

• Para la edad de la juventud, la interioridad se centra en el descubrimiento de *uno mismo* desde la *unificación* y la *transformación personal*.

### 3.3. METODOLOGÍA

Nuestro proyecto de interioridad, está pensado y diseñado para llevarse a cabo como una asignatura dentro del currículo educativo y poder desarrollarse en espacios de 50-60 minutos.

En todas las sesiones propuestas siempre se empieza con un momento para experimentar (*sentir*), otro momento para descubrir (*aprender*) y un final para expresar (*crear*).

La metodología práctica de cada curso está pensada en el desarrollo de 30 sesiones, teniendo en cuenta que cada dos sesiones existe otra llamada de “anclaje”, en la que se busca y se pretende que el contenido y la experiencia vivida pueda ir asentándose personalmente y, además, trabajarse de forma grupal.

Las sesiones de anclaje las entendemos como sesiones que persiguen fijar tres aspectos:

-La *armonización* como la interiorización de los gestos, símbolos y experiencias de referencia.

-La *sintonía*, de forma que la experiencia que se ha vivido se pueda volver a repetir para descubrir los matices que en ella existen.

-La *resonancia*, donde se fija el aprendizaje de contenidos y de experiencias.

Por eso el ciclo educativo sería preguntarse:

Armonización → ¿Qué he vivido?  
Sintonía → ¿Qué he aprendido?  
Resonancia → ¿Qué he interiorizado?

### 3.4. CONTENIDO

En el proyecto educativo de educación de la interioridad “**En ti**”, trabajamos cinco contenidos:

- La dimensión creativa
- La expresión simbólica
- La conciencia corporal
- La armonización emocional
- El desarrollo espiritual

El contenido de la “*dimensión creativa*”; entendemos que con el cultivo de la creatividad se accede de forma extraordinaria a la dimensión interior de la persona porque es a través de la creatividad donde el ser humano puede plasmar su vivencia interior.

El contenido de la “*expresión simbólica*”; entendiendo que es desde lo simbólico donde el ser humano expresa aquello que le trasciende. Es a través de la simbología donde podemos dejar siempre una pregunta abierta ante lo desconocido. Es el símbolo la puerta que nos permite entrar hacia un mundo interior a veces difícilmente explicable con la palabra.

El contenido de la “*conciencia corporal*”; donde se toma como referencia el cuerpo sabiendo que es el termómetro de nuestro estado interior. Trabajar y educar la conciencia corporal es acceder a la primera capa de la experiencia interior del ser humano. Conocer los mensajes que el cuerpo nos da, así como poder identificar aquello que en nuestro cuerpo se plasma, nos permite abrir nuestra experiencia interior a un lenguaje más cercano y conocido.

El contenido de la “*armonización emocional*”; se trabaja porque identificar nuestras emociones, expresar los sentimientos y ser capaces de tomar distancia de cada uno de ellos enriquece la experiencia interior del proceso educativo de la educación de la interioridad. Es la vivencia emocional la que muchas veces puede determinar la experiencia interior de la persona. Por tanto, armonizarla de forma que se viva en equilibrio lo sentimos como un proceso esencial y una parte fundamental de la educación de la interioridad.

El contenido del “*desarrollo espiritual*”; se trabaja sabiendo que la educación de la interioridad quedaría en una fase exterior si no accedemos o hacemos acceder a cada uno de los alumnos a un aprendizaje que les coloca en el umbral del misterio. Es en el desarrollo espiritual donde permitimos diferentes formas de silencio interior para descubrir el sentido profundo de lo que somos y vivimos.

### 3.5 OBJETIVOS

Además de los cinco contenidos en el proyecto de educación de la interioridad “**En ti**”, trabajamos veinte objetivos que están distribuidos en torno a cada uno de los contenidos.

Dentro de la *dimensión creativa* trabajamos los siguientes objetivos:

1. Crear imaginando
2. Admirar las cosas desde su profundidad
3. Sentir respeto por todo lo creado
4. Desarrollar las habilidades interiores

Dentro de la *expresión simbólica* trabajamos los siguientes objetivos:

5. Percibir el mundo interior desde los sentidos
6. Experimentar asombro y sorpresa de lo cotidiano
7. Saber expresarse desde la sabiduría interior
8. Integrar la diversidad en la experiencia personal

Dentro de la *conciencia corporal* trabajamos los siguientes objetivos:

9. Conocer los mensajes del cuerpo
10. Utilizar diferentes formas de relajación consciente
11. Aprender a trascender lo físico
12. Realizar micro-movimientos de forma consciente

Dentro de la *armonización emocional* trabajamos los siguientes objetivos:

13. Identificar emociones y expresar sentimientos
14. Sentirse libres interiormente sin condicionamientos emocionales
15. Actuar con compasión ante el sufrimiento propio y ajeno
16. Regular la respiración, la concentración y la atención

Dentro del *desarrollo espiritual* trabajamos los siguientes objetivos:

17. Ejercitar la intuición como forma de conocimiento
18. Explorar el sentido profundo de la vida
19. Aprender a acceder el silencio interior
20. Practicar diferentes formas de meditación

### 3.6. SISTEMA DE EVALUACIÓN

Respecto a la evaluación hemos elaborado un apartado llamado *indicadores de evaluación*. Estos indicadores tratan de recoger los objetivos y el trabajo realizado en las sesiones de interioridad.

Así mismo, al final de cada curso dentro del material del profesor, se ofrece una plantilla de *evaluación de las competencias* del alumnado. Teniendo en cuenta la especificidad de las competencias de la educación de la interioridad hablaremos siempre de una evaluación de tendencia donde se establecen unos criterios que van de más a menos.

## 1. UNA LLAMA EN MÍ

*“en todos habita una llama  
que se puede convertir  
en una gigantesca hoguera.  
Podemos encontrar  
aquello que nos refuerza Interiormente,  
y seremos verdaderamente fuertes  
para poder hacer frente a todo,  
sin que nada nos destroce.  
Cuando una llama se alimenta,  
se convierte en una hoguera  
que el viento, lejos de apagarla,  
la aviva cada vez más”*

*“...hermosura tan antigua y tan nueva,  
... estabas dentro de mí y yo fuera...”*

## 2. LA PRÁCTICA:

***del SENTIR y el RESPIRAR,  
desde la ESCUCHA y el SILENCIO,  
hacia la UNIDAD con todo y con todos.***





## LA INTERIORIDAD AGUSTINIANA, CLAVE PARA EL CAMBIO EDUCATIVO

“*La interioridad agustiniana ante el cambio educativo*” aparece en la portada del AULA AGUSTINIANA DE EDUCACIÓN 2014. El tema ofrece un interés seductor porque hablar de *interioridad* es aproximarse al núcleo sagrado de las personas, a su mundo más íntimo y profundo.

*Volver al corazón* es consigna bíblica que convertirá san Agustín en una de las claves que permiten comprender todo su pensamiento. El libro de los Proverbios recomienda: “Hijo mío, por encima de todo cuida tu *corazón* porque en él están las fuentes de la sabiduría”(Prov 4, 23). Y el autor del Eclesiastés advierte: “Marcha por el camino de tu *corazón*” (Qo 11, 9). María guardaba y meditaba las cosas importantes en su *corazón* (Lc 2, 19). El tesoro de la propia vida –según el Nuevo Testamento– se esconde en el *corazón*.

San Agustín identifica el corazón con la realidad interior más personal y verdadera.”Vuelve al corazón; mira allí qué es lo que tal vez sientes de Dios: allí está la imagen de Dios. En este hombre interior habita Cristo, y en el hombre interior serás renovado según la imagen de Dios; conoce en su imagen a su Creador. ¡Mira cómo todos los sentidos corporales transmiten al centro del corazón la impresión que reciben de fuera!” (*Tratados sobre el Evangelio de San Juan* 18, 10-11).

En el fondo insondable de la interioridad encontró san Agustín las preguntas y las respuestas acerca de sí mismo y acerca de Dios. Los interrogantes más apegados a las paredes de su intimidad le llevaron más allá de sí mismo hasta ese infinito que nos trae la noticia del Misterio para acogerlo y disfrutarlo. Desde la propia experiencia, san Agustín elabora un concepto de interioridad que abarca un horizonte amplio de significados filosóficos y teológicos. Constituye, sin duda, una intuición genial, una síntesis fundamental de su pensamiento que apunta un camino original de conocimiento: Regresar hacia sí mismo (*Contra los académicos* 2, 2, 4). En el mundo interior es donde se aloja la verdad (*El maestro* 14, 45; *Contra los académicos* 2, 10, 22; 3, 14, 31; *La verdadera religión* 39, 72).

Al margen de las reformas legislativas que se ensayan ininterrumpidamente como si se tratara de un nuevo producto de mercado, ¿qué puede aportar la interioridad agustiniana al cambio educativo? El vaivén de criterios éticos y educativos y el supermercado de valores que ofrecen las culturas contemporáneas, refuerzan la idea de recuperar lo esencial, lo que, de alguna manera, se aleje de esa exterioridad sin pensamiento y sin autoconciencia en la que se mueve la sociedad contemporánea.

La instalación en la exterioridad y la dispersión devalúa las experiencias existenciales de finitud, de sufrimiento, de muerte, de amor perdurable, y el resultado es pasar por alto la interpretación de los componentes básicos de la vida humana que se aceptan desde la impotencia, pero sin que vayan acompañados de mensaje alguno. Las cosas suceden inexorablemente, nadie puede cambiarlas y sólo cabe vivir abrazados a la inseguridad y la nada.

La imagen con la que se identifica hoy la cultura postmoderna es la de la *liquidez* y la *fragmentación*. El ser humano de nuestro tiempo está condenado a vivir en un mundo roto que ejerce una fuerza centrífuga sobre las personas y las desplaza de su propio núcleo. Vivimos una cultura caracterizada por la metáfora de *líquida* que expresa la poca consistencia de los vínculos humanos en una sociedad individualista, marcada por el carácter transitorio de sus relaciones. El amor es flotante, sin responsabilidad hacia el otro, y todo es efímero e intercambiable por la ausencia de certezas.

En este contexto, ser felices, gestionar positivamente los sucesos cotidianos adversos, valorar cada uno de los encuentros del día y liberarse de los acosos de ideas o de ofertas que uno recibe, es algo verdaderamente difícil porque estas conquistas solo se logran desde ese espacio sagrado que es la interioridad. Sagrado porque es el territorio más humano y, al mismo tiempo, el recinto donde Dios se aloja y nos cita.

El psiquiatra Enrique Rojas acaba de publicar un libro titulado *Vive tu vida. La autoestima en las distintas etapas de la vida*<sup>1</sup>. La vida tiene un escenario público pero resuena en la interioridad. Nuestras decisiones se mueven por el motor de la interioridad y la interioridad es el espacio para el examen crítico de nuestras rebeldías, nuestro inconformismo, nuestras respuestas. Es un área virgen para la serenidad, la benevolencia y la voluntad de superación, una zona verde donde no es posible edificar la simulación, una sala de curas para la desesperanza y las derrotas acumuladas.

Necesitamos encontrarnos, reconocernos y sentirnos, para amarnos y cuidarnos. La desilusión, la desesperanza y la inhibición son formas de evasión para disimular un vacío insoportable. No existe descubrimiento más fascinante para el hombre que su propia realidad humana. Muchas personas se desconocen a sí mismas. En las *Confesiones* advierte san Agustín que la gente se desplaza para admirar las cumbres de las montañas, las crestas de las olas del mar embravecido, las caudalosas corrientes de los ríos, el perímetro del océano y las órbitas de los astros, mientras se olvida de sí misma... (X, 8,15). “No puedo vivir sin saber lo que soy y por qué existo, y, sin embargo, no logro saberlo, lo que es lo mismo que no vivir”<sup>2</sup>, escribió León Tolstoi.

Cuando san Agustín dice que la verdad reside en el hombre interior (Cf. *La verdadera religión* 39,72), se refiere a la verdad de Dios y a la verdad de nuestra vida. Conocerse no es otra cosa que escuchar lo que Dios dice de nosotros mismos (*Confesiones* X, 3,3). Este escuchar a Dios supone una pedagogía del silencio, una mirada atenta a nuestra interioridad, una lectura contemplativa de la realidad, un ejercicio de soledad al que no estamos acostumbrados. Soledad que nada tiene que ver con el aislamiento, sino que es comunicación. Así lo expresa Miguel de Unamuno: “Sólo la soledad nos derribe esa espesa capa de pudor que nos aísla a los unos de los otros; sólo en la soledad nos encontramos, y, al encontrarnos, encontramos en nosotros a todos nuestros hermanos en soledad. Créeme que la soledad nos une tanto

---

<sup>1</sup> Ediciones “Temas de hoy” (2013) 320 páginas.

<sup>2</sup> LEÓN TOLSTÓI, *Ana Karenina*, VIII, 9.

cuanto la sociedad nos separa. Y si no sabemos querernos, es porque no sabemos estar solos”<sup>3</sup>.

Durante un tiempo se pensó que el cuidado de la interioridad era competencia de las tradiciones espirituales. Hoy, sin embargo, es un concepto englobante que tiene un radio más amplio que lo religioso e incide, también, en la educación. Educación en las aulas –particularmente en la escuela agustiniana – y educación familiar. En las aulas es necesario contribuir a que los alumnos descubran el tesoro de la propia interioridad e introducir el silencio como elemento pedagógico. Silencio creador y fecundo que se distancia de cualquier forma de aislamiento o misantropía. En el marco familiar, los programas de televisión que habitualmente se ven, el volumen de la música, las revistas que se hojean en casa y que ignoran cualquier forma de pudor sobre la propia vida personal o conyugal, son indicadores de interioridad o de vida derramada hacia el exterior.

Un tiempo diario de interioridad nos permite mejorar nuestras relaciones con los demás y con Dios. La soledad y la compañía son dos estados tan necesarios al ser humano como complementarios. Hablar de interioridad es referirnos a una condición para ser persona, porque interioridad es relación; interioridad habitada por los otros y por Dios.

El llamado cambio educativo no se refiere, evidentemente, a las últimas innovaciones legislativas imposibles de prever, sino a ese modo de concebir la educación como aprendizaje necesario para vivir desde dentro, ser felices y conquistar el mayor nivel posible de libertad y de plenitud. Un camino para educar el corazón, descifrar los enigmas cotidianos de la vida, crecer en sensibilidad y ternura, hacer una trenza con mis aprendizajes y experiencias, y descubrir que crecer el hombre es crecer Dios en el hombre (*Tratados sobre el Evangelio de San Juan* 14, 5).

#### **¿DE QUÉ HABLAMOS CUANDO HABLAMOS DE INTERIORIDAD?**<sup>4</sup>

Los sucesivos intentos de reforma educativa –en España y en otros países– y los diagnósticos acerca de la juventud actual, llevan a la conclusión que da título a un libro de José Luis Corzo –*Educación es otra cosa*<sup>5</sup>–, aunque el autor fije la atención en tres gigantes de la pedagogía: José de Calasanz (+1648), Don Lorenzo Milani, el Maestro de Barbiana (+1967) y Paulo Freire (+1997)

Someter a revisión los procesos educativos es muy propio de los tiempos en que la sociedad presenta una situación de pérdida de rumbo y la realidad familiar parece pasar por momentos de conflicto. Hoy, sobre todo, se pretende borrar cualquier parentesco de la educación con verbos como *clonar* (mira cómo se porta tu hermano; ¿por qué tienes que ser tú diferente?), *modelar* (lo que necesita esta niña es que el próximo curso le toque con una profesora que

---

<sup>3</sup> *Soledad*, Espasa Calpe, Madrid (1962) 32.

<sup>4</sup> LLUIS YLLA, XAVIER MELLONI, JOSEP M. RAMBLA, M. DOLORS OLLER, *¿De qué hablamos cuando hablamos de interioridad?* Cristianisme i Justícia, Barcelona (2013) nº 69.

<sup>5</sup> *Educación es otra cosa. Manual alternativo. Entre Calasanz, Milani y Freire*, Editorial Popular (2007)192 pp.

no le pase ninguna) o *domesticar* (a ver si encontramos un buen internado para que nuestro hijo aprenda lo que es la disciplina). Nadie puede negar que –sin hacer afirmaciones absolutas– estos modelos educativos han tenido vigencia durante algún tiempo.

Don Lorenzo Milani inició su experiencia pedagógica con la Escuela Popular San Donato. En una sala de la rectoría, con bancos viejos de la iglesia, una pared pintada de negro a modo de pizarra y con una botella de tinta para todos abrió su primera escuela donde se impartía el “octavo sacramento”: la cultura. Los muchachos tenían de 14 a 25 años.”Yo voy a ella porque nos enseña a pensar con nuestra propia cabeza”, decía un recién llegado. Aquella Escuela de San Donato sería precursora de la conocida Escuela de Barbiana.

“Es necesario desarrollar una pedagogía de la pregunta. Siempre estamos escuchando una pedagogía de la respuesta. Los profesores contestan a preguntas que los alumnos no han hecho”. “El estudio no se mide por el número de páginas leídas en una noche, ni por la cantidad de libros leídos en un semestre. Estudiar no es un acto de consumir ideas, sino de crearlas y recrearlas” (Paulo Freire).

Detrás de estos textos de Paulo Freire o la referencia a la escuela de Don Lorenzo Milani, subyacen concepciones acerca de la educación muy diferentes a cualquier modelo de igualitarismo. Hay que pensar en las obras inacabadas de Miguel Ángel que se pueden contemplar en la Galería de la Academia de Florencia. Quizá el esclavo despertándose, sea la pieza más impresionante al crearse el efecto de estar surgiendo una figura de la piedra todavía sin pulir, pero que ya respira y se asoman unos dedos que dejan ver los tendones que los moverán. La maestría del genio florentino supo ver la obra dormida bajo la mole de mármol bruto. Es otra metáfora muy diferente de la educación. La obra de arte está dentro, el educador es la partera que acompaña un nacimiento, que ayuda a crecer, a despertar, a lograr autonomía.

Todos hemos visto muchas veces un piano. ¿La música la lleva el artista en los dedos o está oculta detrás de las teclas? El artista logra los acordes, traduce a sonido armonioso la melodía impresa en una partitura. El piano no suena de forma independiente, necesita unas manos que sepan acariciar, interpretar.

A ninguna edad el ser humano está vacío. Poco tiempo después de nacer comienza a regalar gestos, sonrisas, sonidos aparentemente indescifrables pero que son argumento de conversación entre la madre y el hijo. Todo ser humano guarda el tesoro de su interioridad que es su mundo más personal y más rico.

La noción de interioridad abarca un amplio horizonte de conceptos antropológicos, psicológicos, teológicos, espirituales y educativos. Los jesuitas, por ejemplo, han puesto en marcha un proyecto llamada PIE (Pedagogía de la Interioridad en el mundo Educativo), los carmelitas han introducido la interioridad en los cursos y programas de la Universidad de la mística, en Ávila. Con el sustantivo interioridad subrayan algunos la importancia que la cultura ha dado a la subjetividad, mientras que en el lenguaje agustiniano se trata de una

dimensión fundamental y constitutiva de la persona. Es el recinto personal de la verdad, del amor, del espíritu, de Dios. Entre nosotros, hablar de interioridad es hablar de una realidad espiritual sin la cual el ser humano no es humano.

Podemos, sin embargo, encontrar literatura acerca de la interioridad fuera del ámbito religioso donde no hay un Tú explícito que invocar y con quien dialogar, sino que la interioridad se abre mediante determinados ejercicios en los que interviene todo el cuerpo, la respiración, ciertos gestos y movimientos que favorecen la concentración. Es el camino del yoga y otros que se convierten en pasajes hacia la interioridad. Gracias a estas prácticas –muchas de ellas nacidas en Oriente–, posibilitan un nuevo modo de relacionarse con la realidad; son caminos hacia el mundo del espíritu, técnicas para controlar las idas y venidas de la mente. Es la llamada *interioridad secular* que incluye diferentes formas de meditación contemplativa y significa una alternativa al modo de vida actual. En algunos casos cuenta con nombres diversos y una estructura básica que integra arquitectura, colores tenues, música, lecturas, actividades en contacto con la naturaleza... Otras veces, se trata de un movimiento anónimo y espontáneo que promueve todo aquello que posibilite frecuentar el territorio de uno mismo y un modo sosegado de vivir.

Esto no es lo que entendemos por interioridad desde una perspectiva agustiniana; es un modo de situarse en el mundo que posibilita hábitos de vida saludable y apunta hacia una sensibilidad por el equipaje de los propios pensamientos, emociones y sentimientos, la selección de las experiencias más humanas, la liberación del oleaje de una realidad no procesada que puede desplazar y hasta anular nuestra vida.

El gran rival de la interioridad –aunque parezca una obviedad–, es la exterioridad, o, más precisamente, la dispersión, la vida en la superficie sin pensamiento y sin autoconciencia. Si se devalúan las experiencias existenciales de finitud, de sufrimiento y de muerte, el resultado es suprimir la interpretación de los componentes básicos de la vida humana que se aceptan desde la impotencia pero sin que vayan acompañados de interpretación alguna. Las cosas suceden inexorablemente, nadie puede cambiar el argumento de la vida y sólo cabe vivir resignadamente abrazados a la nada. La imagen con la que se identifica hoy la cultura contemporánea o cultura postmoderna, es la de la *liquidez* y la *fragmentación*. El ser humano actual está condenado a ser ciudadano de un mundo roto que ejerce una fuerza centrífuga sobre las personas y las aleja de su núcleo personal. Según Bauman –filósofo polaco conocido por acuñar el término, y desarrollar el concepto, de la *modernidad líquida*– las identidades se asemejan a una costra volcánica que se endurece, vuelve a fundirse y cambia constantemente de forma. Desde fuera, la apariencia es sólida y consistente; si se observa más detenidamente, se descubre todo un mundo interior tan frágil como fragmentado. Todo ello produce una *cultura líquida*.

Bauman quiere expresar con esta metáfora la precariedad de los vínculos humanos en una sociedad individualista, marcada por el carácter transitorio de sus relaciones. El amor es flotante y sin responsabilidad hacia el otro. La modernidad líquida es un tiempo sin certezas, la cultura laboral de la flexibilidad

y de la provisionalidad arruina cualquier previsión de futuro. Las instituciones no son ya ancla de la existencia personal.

Nuestras ciudades –afirma Bauman– son metrópolis del miedo. El miedo es más incontrolable cuando es difuso, poco claro, y nos ronda como una sombra pegajosa. No hay certezas absolutas, ni pensamiento fuerte, ni convicciones duraderas, ni lazos afectivos sólidos. Se percibe crisis de convicciones y de valores que ofrezcan apoyo y sustento, razones por las que vivir.

Estos son algunos de los rasgos de nuestra sociedad, en la que tampoco podemos negar la existencia de unos síntomas de búsqueda difíciles de reconocer e interpretar porque no se inscriben en los marcos tradicionales.

Al hablar de interioridad, estamos ante un término de tanta riqueza semántica como ambigüedad y posibilidad de equívoco. Si hiciéramos la experiencia de salir a la calle y preguntar por el significado de la palabra interioridad, algunos dirían que es algo relacionado con el mundo oriental y no faltaría quien lo asociara con autismo u otro trastorno. Todo tiene su explicación porque el hombre contemporáneo está volcado permanentemente hacia la exterioridad y –como advierte san Agustín– quien anda desparramado en lo exterior, le resulta difícil entrar en su interior (cf. *El orden* II, 11,30). Asistimos como observadores al espectáculo de la vida. ¿Cuántos minutos diarios destinamos reflexionar sobre nuestra propia existencia? ¿A qué edad se enfrentan hoy los jóvenes con las grandes cuestiones de la vida?

La interioridad no es biología y tampoco psicología, autoconciencia, personalidad, sino espiritualidad, novedad permanente, descubrimiento de que la verdadera vida está detrás de lo que nosotros llamamos vida. Si es importante cuidar y amueblar con mimo nuestra vivienda, ¿no merece, también, atención nuestro mundo interior? José Ramón Urbieta se pregunta: “¿Es posible que haya personas que dediquen lo peor de sí mismas a construir su propia casa, su persona? ¿Es posible que su peor trabajo sea dar armadura y consistencia a su mundo interior donde vive toda su vida?”<sup>6</sup>. Pensar que se puede dar sin tener y sin ser, equivale a una idea fantástica de la educación y hasta de la generosidad.

En la literatura espiritual cristiana –particularmente en la literatura mística– hablar de interioridad, con algunos matices de terminología, es recurrente. Algunos clásicos –como san Juan de la Cruz en sus versos *Llama de amor viva*– definieron la interioridad como la dimensión humana más honda, “del alma su más profundo centro”. Siguiendo el título de un libro publicado en 2004, *paradigma emergente*<sup>7</sup>, o *Un viaje al centro de nuestro ser* como acaba de titular Txemi Santamaría una obra publicada por Desclée De Brouwer<sup>8</sup>. También en 2013, en la colección de folletos de Cristianismo y Justicia, el

---

<sup>6</sup> J. R. URBIETA, *El regalo de sí mismo. Educarnos para educar*, Narcea S. A., Madrid (2006) 81.

<sup>7</sup> AA. VV., *La interioridad: un paradigma emergente*, PPC, Madrid (2004).

<sup>8</sup> *La interioridad. Un viaje al centro de nuestro ser*, Bilbao (2013).

número 69 está dedicado a la interioridad. Se titula *¿De qué hablamos cuando hablamos de interioridad?*<sup>9</sup>

Aunque no es una monografía acerca de la interioridad, un librito recomendable es *Biografía del silencio* de Pablo d'Ors, nieto del ensayista y crítico de arte Eugenio d'Ors. La meditación nos concentra, nos devuelve a casa, nos enseña a convivir con nuestro ser. Meditar es un ejercicio de interioridad y la interioridad una experiencia de unidad en medio de un mundo –tanto personal como social– que aparece desvertebrado. La interioridad se presenta como itinerario de encuentro y de profundización que nos lleva a mayores niveles de humanización y, en consecuencia, de aproximación al misterio de nosotros mismos y al misterio de Dios.

La escritora Carme Riera ingresó en la RAE el jueves 7 de noviembre de 2013 para ocupar el sillón “n”. En su discurso, titulado *Sobre un lugar parecido a la felicidad*, comentó que “el viaje que definitivamente vale la pena no es otro que el realizado al interior del yo, aunque el destino aparente sean otros lugares”<sup>10</sup>.

A la exterioridad, como antónimo de interioridad, hay que sumar la dispersión, el vivir descentrado en el límite del vértigo. Nuestra sociedad está gobernada por las prisas, y todos nos vemos un poco obligados a seguir el ritmo frenético que la vida moderna nos impone. Con frecuencia, a nuestro alrededor hay un cerco de circunstancias estresantes que son agresores potenciales de nuestro equilibrio y resquebrajan la paz interior. Las prisas nos incapacitan para la admiración y el asombro, y percibir la atmósfera palpitante que nos rodea.

Para controlar el estrés, la clave es asumir el timón de nuestra vida, la valoración exacta de las reacciones inesperadas, el gestionar con sabiduría las decisiones que tenemos que tomar. Hay quien cree que un buen sofá es la solución para reajustar la armonía, pero cualquier conducta pasiva no proporciona un beneficio terapéutico. La avalancha de acontecimientos diarios fortuitos, los fracasos, las decepciones y la herida de la derrota, no se curan así. Hay que pensar en una respuesta que reajuste tanto la mente como el corazón y el cuerpo, y nos ayude a volver a centrar nuestra vida en el escenario de nuestra conciencia.

### **SAN AGUSTÍN, MAESTRO DE INTERIORIDAD**

El teólogo Olegario González de Cardedal, acaba de publicar un libro titulado *Dios en la ciudad*. Se pregunta ¿dónde localizamos los cristianos a Dios? Y responde que cada generación, cada persona, cada cultura reconoce lugares privilegiados para esa presencia de Dios y obligados para el encuentro con él. En este intento de buscar caminos y personas que han encarnado esos itinerarios, señala la *interioridad* y la vincula –como era previsible– a san Agustín<sup>11</sup>.

---

<sup>9</sup> LLUIS YLLA, XAVIER MELLONI, JOSEP M. RAMBLA, M. DOLORS OLLER, *¿De qué hablamos cuando hablamos de interioridad?* Cristianisme i Justícia, Barcelona (2013) nº 69.

<sup>10</sup> ABC, viernes 8 de noviembre de 2013, 56.

<sup>11</sup> *Dios en la ciudad*, Sígueme (2013) 30.



Decir que la interioridad agustiniana es una realidad espiritual, sería insuficiente. En el itinerario de san Agustín hacia Dios hubo un tiempo en el que hizo de la trascendencia una cuestión filosófica, hasta que la reflexión racional dio paso a una experiencia mística que le llevó a reconocer a Dios como amor (*La Trinidad* V, 3; VII, 5, 10). La conversión a lo esencial del Evangelio fue el abrazo con Jesucristo como rostro del Dios invisible. En el fondo sin fondo de la interioridad encontró san Agustín las preguntas y las respuestas acerca de Dios. Los interrogantes más apegados a las paredes de su corazón le llevaron más allá de sí mismo hasta ese infinito que nos trae la noticia de Misterio para acogerlo y disfrutarlo

En la conversión de san Agustín –como en toda conversión– fue Dios quien llevó la iniciativa, pero un elemento decisivo fue el descubrimiento de la interioridad que estuvo unida a una experiencia espiritual, incluso mística, y no fruto de una dialéctica intelectual. Por eso, si hablamos de interioridad citar el nombre de san Agustín es obligatorio. Las *Confesiones* son un tratado de interioridad. Cuando los agustinólogos han querido señalar un concepto básico, una idea matriz, no han dudado en hablar siempre de la interioridad como una de esas intuiciones propia de los genios. Aimé Solignac escribe que es uno de los puntos centrales, a partir de los cuales podría comprenderse todo el pensamiento de Agustín<sup>12</sup>.

La interioridad agustiniana tiene un claro sentido religioso, un contenido teológico porque todo ser humano es templo de Dios. Es “como un Compostela espiritual, meta de una peregrinación a la que se llega por diferentes rutas. En la catedral del corazón humano el hombre puede encontrar la Verdad que, cual otro apóstol, allí mora esperando ser abrazada...Es este abrazo lo que impide identificar sin más la interioridad agustiniana con la simple introspección psicológica”<sup>13</sup>. Del mismo modo que hay diferentes caminos que llevan a Compostela, también puede hablarse de que san Agustín utilizó distintas rutas como la filosofía, la teología, la teología o la moral<sup>14</sup> en su itinerario hacia la Verdad. El gran tema de la oración, por ejemplo, o de la lectura contemplativa de la realidad tiene su asiento en la interioridad. La oración para san Agustín es un acontecimiento interior, un grito que sale del corazón (*Sermón* 156,15). Por eso, el amor es el que ora (*Las costumbres de la Iglesia católica* 1, 17,31).

De este modo, san Agustín coloca la interioridad –por ser templo de la Verdad– como eje ideológico de su filosofía que en su afán de desgranar preguntas llega a la trascendencia, la sabiduría, de su teología que busca la imagen de Dios, el criterio que da el certificado de calidad al actuar humano, la plataforma sobre la que edificará su pedagogía pastoral como obispo y pastor. El libro *Ochenta y tres cuestiones diversas* y en otras obras, san Agustín trata extensamente la relación hombre interior–hombre exterior. Según Romano

---

<sup>12</sup> Cit. por JOHN OLFIELD, “La interioridad: Talante y actitud de San Agustín”, en *El pensamiento de San Agustín para el hombre de hoy, I. La filosofía agustiniana*, EDICEP Valencia (1998)197.

<sup>13</sup> PÍO DE LUIS VIZCAÍNO, *Teología espiritual de la Regla de san Agustín*, Ciudad Nueva–Estudio Agustiniano, Madrid (2103) 121.

<sup>14</sup> *Ibidem*.

Guardini, las *Confesiones* de Agustín son “el manifiesto del mundo interior”<sup>15</sup>. Se trata del libro por antonomasia de la conversión cristiana y el guión del hombre interior. San Agustín entiende al ser humano como interioridad, punto de encuentro entre lo finito y lo infinito<sup>16</sup>. En el libro VII de las *Confesiones* (10, 16) describe cómo descubrió la luz interior que es la Verdad creadora de Dios.

La consigna de san Agustín es doble: *No salgas fuera de ti, entra en ti mismo* (*La verdadera religión* 39, 72-73 y *¿Dónde vas? Vuelve a tu corazón* (*Tratado sobre la 1ª Carta de San Juan* 18,10). Sin embargo, para purificar la misma palabra, hay que decir que la interioridad agustiniana no es una estación término, es una interioridad abierta, un escalón hacia el encuentro verdadero con uno mismo, con los demás y con Dios. En las grandes superficies (estaciones, aeropuertos, grandes almacenes...) hay un *punto de encuentro*. Es el lugar de cita para reunirse nuevamente el grupo y continuar el viaje. El punto de encuentro del ser humano consigo mismo, el balcón que permite asomarse al misterio de Dios, de uno mismo y de los demás, es la interioridad. Al mismo tiempo, es en la interioridad donde está el hospital de campaña para curar nuestras heridas.

Necesitamos encontrarnos, reconocernos, sentirnos. La desilusión, la desesperanza y la inhibición, son otras formas de evasión para disimular un vacío insoportable. No existe realidad más honda y más fascinante para el hombre que su propia realidad humana. Muchas personas se desconocen a sí mismas: “Víctima del descuido o de la improvisación, presume unas veces de sus carencias y desespera de sus posibilidades” (*Comentarios al Salmo* 55,2). Y en las *Confesiones*, escribe: “Se desplaza la gente para admirar los picachos de las montañas, las gigantescas olas del mar, las anchurosas corrientes de los ríos, el perímetro del océano y las órbitas de los astros, mientras se olvidan de sí mismos... (X, 8,15). “No puedo vivir sin saber lo que soy y por qué existo, y, sin embargo, no logro saberlo, lo que es lo mismo que no vivir”<sup>17</sup>, escribió León Tolstoi.

El conocimiento de uno mismo pasa por una profunda y realista identificación con esa intriga misteriosa y paradójica que configura la existencia humana. Cuando san Agustín dice que la verdad reside en el hombre interior (Cf. *La verdadera religión* 39,72), se refiere a la Verdad de Dios y a la verdad de nuestra vida. De hecho ningún humano sabe lo que hay en el hombre, si no es el espíritu del hombre que está en él (cf. *Confesiones* X, 3,3). Este escuchar a Dios supone una cierta pedagogía del silencio, una mirada atenta sobre sí mismo. Ejercicio de soledad interior que es comunicación. Así lo expresa Miguel de Unamuno: “Sólo la soledad nos derrite esa espesa capa de pudor que nos aísla a los unos de los otros; sólo en la soledad nos encontramos, y, al encontrarnos, encontramos en nosotros a todos nuestros hermanos en soledad. Créeme que la soledad nos une tanto cuanto la sociedad nos separa.

---

<sup>15</sup> J. OROZ RETA – J. A. GALINDO RODRIGO, *El pensamiento de San Agustín para el hombre de hoy. La filosofía agustiniana...*, 211.

<sup>16</sup> PIETRO CALOGERO, “El corazón y la gracia en san Agustín”, en rev. 30 DÍAS En la Iglesia y en el mundo, año XXV, n. 12 (2007) 54.

<sup>17</sup> LEÓN TOLSTÓI, *Ana Karenina*, VIII, 9.

Y si no sabemos querernos, es porque no sabemos estar solos”<sup>18</sup>. A veces el miedo a la soledad constituye un síntoma de otro miedo más radical, el miedo a quedarse uno a solas consigo mismo. En definitiva, el miedo a ver la propia imagen reflejada en el espejo. ¿Miedo a la verdad? La verdad no es temible, lo es únicamente cuando no se acepta porque nos acusa o la distorsionamos como excusa para respaldar actitudes o prejuicios sobre los que nos hemos instalado. “En mi opinión –escribe Pablo d’Ors–, nos inventamos nuestros estados de ánimo en una gran medida. Somos responsables de nuestro estar bien o mal. Esas prolongaciones artificiales de las emociones pueden controlarse y hasta abortarse gracias a la meditación, cuyo propósito real, tal y como yo lo entiendo, es enseñar a vivir la vida real, no la ficticia”<sup>19</sup>.

Cualquier falsificación de la propia imagen o la huída de nuestra propia realidad nos incapacitan para una relación verdadera que supere el plano de lo convencional. Mientras uno no se conozca a sí mismo, no podrá amar a los demás (cf. *Carta* 130,4) y tampoco aproximarse a Dios. “Si tú estás lejos de ti mismo, ¿por dónde podrás acercarte a Dios?” (*Tratados sobre el Evangelio de San Juan* 23,10), advierte san Agustín. Quien tiene experiencia de sí mismo y se comprende, puede comprender a los demás. “¿Cómo conocer a otras almas si se ignora a sí mismo, siendo que nada hay tan presente a sí mismo como el alma propia?” (*La verdadera religión* 10, 3,5). Es la advertencia de Jesús sobre la inclinación con que juzgamos a los demás, sin habernos detenido en la autocrítica (cf. *Mt* 7, 3-5).

La interioridad –ya se ha apuntado líneas más arriba– admite una traducción amplia por su aproximación a algunas áreas relacionadas con la psicología, la pedagogía y la espiritualidad: Meditación, conocimiento personal para despertar a lo que somos y a lo que podemos ser, abandonar el título de vagabundo y apropiarse el de peregrino, autenticidad, realismo, desenmascarar expectativas ilusorias, superación y crecimiento, diálogo con Dios... La verdadera identidad personal no la revelan nuestras huellas dactilares o la fotografía más perfecta, ni siquiera el DNA. Nuestro verdadero y singular perfil está formado por el tejido de nuestras convicciones, nuestros sentimientos, nuestras motivaciones... Todo lo que configura el hombre interior. “El hombre sólo es bueno en su interior; si solo lo es exteriormente, no es bueno en absoluto” (*Sermón* 15,6).

Interioridad equivale, igualmente, a quietud, juicio crítico, trabajar el material de la propia vulnerabilidad, medida justa de todo eso que llamamos realidad, equilibrio, vivir sin sazonar nuestra biografía con falsos problemas... Es el polo opuesto a la superficialidad, a la valoración desmedida, a la precipitación con que se proyectan, se estudian y se resuelven algunas situaciones.

Nacemos y morimos solos. Entre estos dos límites cuya distancia desconocemos –el nacimiento y la muerte– la vida que cada uno protagoniza y construye a partir de la savia de su manantial interior. Vida personal, irrepetible y única, y vida compartida porque nos sentimos inmersos

---

<sup>18</sup> *Soledad*, Espasa Calpe, Madrid (1962) 32.

<sup>19</sup> *Biografía del silencio*, Siruela (2012) 68.

en una familia, una comunidad, una sociedad que, en ocasiones, es muchedumbre. Hay situaciones, sin embargo, en las que el ser humano vive, irremediablemente, en soledad. Momentos de decisiones, de reconocimiento de nuestros vacíos, de tropiezo con la ingratitud o la incomprensión, de encuentro con la visita incómoda de la enfermedad, de invierno y de frío en el alma o, en caso extremo, cuando no se puede eludir el rostro de la muerte. Los demás pueden interpretar nuestra vida, pero vivirla únicamente cada uno de nosotros.

Sólo es humana y soportable una soledad habitada. La soledad habitada nace de una interioridad consciente. La vida nos va colocando ante situaciones de soledad absoluta en las que no es posible apoyarse en los otros, se puede hacer pie en uno mismo, exclusivamente. Es como si sonara un toque de queda que no permite salir al mundo exterior. Cada uno encerrado dentro de la casa de su propia piel y alimentándose de lo que tiene almacenado en su despensa. “La tribulación es un fuego que si te encuentra siendo oro te quita la maleza y si te encuentra siendo paja, te reduce a cenizas” (*Sermón 81,7*). La enfermedad o la contrariedad más que desplazarnos nos encuentra ahí donde estamos.

En julio de 1943, Antoine de Saint-Exupéry escribió una carta abierta que tituló *Carta al General X*. “En el mundo no hay más que un problema y sólo uno. Devolver al hombre un significado espiritual, inquietudes espirituales. Hacer llover sobre él algo que se parezca a un canto gregoriano... Ya es imposible vivir de frigoríficos, de política, de balances y de crucigramas. Ya no se puede. No se puede seguir viviendo sin poesía, sin color, sin amor”<sup>20</sup>.

## EL ITINERARIO DE LA INTERIORIDAD AGUSTINIANA

La interioridad es la casa de la verdad, que es Jesucristo (cf. *El maestro 11,38*). Esta dimensión personal de hondura es lugar privilegiado para la plena humanización y para el encuentro con Dios. “Vuelve a tu corazón y desde él asciende a tu Dios. Si vuelves a tu corazón, vuelves a Dios desde un lugar cercano...” (*Sermón 311,13-14*).

El camino agustiniano de la interioridad se caracteriza por tres momentos: *No salir de sí mismo, volver al corazón y trascenderse*. ¿Qué ha querido decir san Agustín con estas expresiones?

**No salgas fuera de ti** es la primera consigna. Una traducción agustiniana inmediata sería, no abandones tu propia vida, no renuncies a ser tú mismo, busca tu centro de gravedad (*El orden I, 2,3*), recógete en lo esencial, no te distraigas con el espectáculo de vidas ajenas, no caigas en las redes de la frivolidad y de la dispersión, pon en ejercicio tu razón que es “es como el punto sobre el que descansan todas las acciones” (*La dimensión del alma 14, 23*). “El hombre –dice san Agustín–, solo es bueno en su interior; y si no lo es en su interior no es bueno en absoluto” (*Sermón 15,6*). Se trata de no caer en el olvido de labrar la propia existencia, de evitar ese modo de entender la vida

---

<sup>20</sup> Obras completas, Esplugas de Llobregat 1974, T. I, 1213-1219.

desde lo que es conquista efímera o aplauso pasajero. “No vagues y te extiendas por muchos lugares. ¿Te preocupa la extensión viciosa de las ramas? Atiende, más bien, a la raíz, y no pienses en la corpulencia del árbol” (*Comentario al Salmo 79*, 2). No se trata de un proceso lineal en el que vayan quedando atrás las etapas recorridas, sino de un proceso recurrente y en espiral que lleva a volver continuamente sobre las propias huellas: De lo exterior a lo interior; de lo interior a lo exterior, de lo exterior, nuevamente, a lo interior. Es la dialéctica contemplación–acción, tantas veces recordada por los maestros de la vida espiritual.

Es un error identificarnos con lo que hacemos y así eludir el misterio que alojamos dentro de nosotros mismos. No somos lo que hacemos, sino que nuestra identidad tiene su fuente en la interioridad. “Dentro del corazón soy lo que soy” (*Confesiones X*, 3,4). “Entrar en lo más interior es desear lo que hay de más íntimo, y lanzar lejos la intimidad más íntima es salir fuera” (*Tratados sobre el Evangelio de San Juan 25*, 15).

El hombre sin interioridad, anónimo, apoya su existencia y ocupa las horas en la acción desenfundada. Acepta ser una pieza en el engranaje del trabajo. Tiene miedo quedarse a solas consigo mismo porque interiormente es pura ausencia y se siente deshabitado. Huye, corre, consume... “No corras, ve despacio que a donde tienes que ir es a ti mismo”, advierte Juan Ramón Jiménez.

Cuando nos preguntamos ¿quién soy yo?, es como si nos asomáramos al brocal de nuestra interioridad y gritáramos: ¿Quién está ahí? ¿Quién me habita? No es el mundo de la psicología sino una dimensión más profunda que nos desborda. Por eso el hombre exterior no llega a formularse estos interrogantes. Ante las cuestiones últimas se puede pasar de largo o amordazarlas por considerarles sin interés. A veces, el trabajo o eso que llamamos la realidad cotidiana, asfixia la interioridad. La agitación trepidante de la vida merma la capacidad de admiración y de interrogación. Si no somos capaces de aislarnos del cerco de lo urgente, es probable que olvidemos lo importante.

Tal como san Agustín describe su itinerario en el largo camino hacia sí mismo, la trayectoria vital tiene dos vertientes: La primera es de descarrío, de fuga, de desencanto. Un subir y bajar como en las atracciones de las ferias para volver siempre al mismo lugar. Es lo que podríamos llamar vida de alineación: “Yo, por mi parte, me alejé de ti y anduve errante... y me convertí en un paraje miserable” (*Confesiones II*, 10,18).

No hay que hurgar demasiado para encontrarse con la incógnita del vivir. El ser humano que contempla su vida entre las manos, estruja, inevitablemente, un puñado de preguntas que nada tiene de artificial. Preguntas alojadas en las galerías subterráneas de la interioridad que, en ocasiones, sirven de argumento a la poesía o la canción. Afloran cuando se experimenta la necesidad de drenar el alma y, las más de las veces, quedan flotando como el SOS de quien grita buscando una mano amiga. ¡Hay tantas experiencias inenarrables, tantos espacios llenos de interrogantes, tantas cuestiones ajenas al discurso formal!

Vivo preguntando  
quién seré  
pero mi espejo no me ve.  
Yo no soy capaz de crear la vida,  
yo que sigo el rumbo como un suicida,  
yo que no seré nunca dios.  
Viviré como un muñeco programado,  
Viviré fotocopiándome el pasado,  
viviré, aunque yo no pedí vivir viviré,  
como una canción de amor que nadie cantará.  
Viviré.  
Por qué, por qué, por qué.  
Porque no tengo más remedio;  
la vida es una huida;  
encadenada viviré en esta vida.

(Andrea Bocelli)

San Agustín nos propone aceptar con espontaneidad la trama misteriosa y paradójica que configura la existencia humana: “Dios no te dice: Tienes que ser menos de lo que eres, sino conoce lo que eres. Conócete débil, conócete hombre, conócete pecador, conoce que Él es quien justifica, conócete manchado” (*Sermón 17,4*).

La persona es misterio y esto significa que es mucho más que su presencia física. Es misterio por su recinto interior, por esa dimensión más personal que pertenece a su intimidad. Contamos con una colección de recuerdos, de imágenes y de nombres que configuran ese espacio secreto e indescriptible propio. Precisamente porque nos asomamos al mundo exterior y comenzamos a indagar el significado de las cosas que vemos y los acontecimientos que contemplamos, nos percatamos de ser un misterio y despierta la pregunta por el sentido. Surge así el doble ejercicio de ahondar en la propia intimidad y del asombro. Escribe Jean Guitton: “Para hacer el mundo más maravilloso, más habitable, sólo falta transformar los ojos que lo contemplan. No es el universo el que se esconde, ahí está: siempre ahí; silencioso, mudo, no es el universo el que se escapa y se desnuda: es a ti a quien se le escapa el universo”<sup>21</sup>.

Una tarea muy importante es la educación de la mirada. Recomienda el Talmud: “No ores en una habitación sin ventanas”. Nuestras habitaciones tienen ventanas y las ventanas cristales que nos permiten ver la escena de la calle, el río de la vida. Podemos –simbólicamente– sustituir los cristales por espejos y, entonces, solo nos contemplamos a nosotros mismos. Es el riesgo que puede sucedernos a todos. La sociedad pretende mantenerse a flote en medio de un mar de problemas y nosotros podemos ahogarnos en un charco que lo llamamos océano por vivir en una habitación sin vistas que nos permitan contemplar el esfuerzo, la audacia y el tesón que están poniendo muchas personas para salir adelante, superar una crisis que ha supuesto una quiebra importante...

---

<sup>21</sup> JEAN GUITTON, *Nuevo arte de pensar*, Encuentro, Madrid (2000) 38.

En el intento de continuar buscando traducciones o sinónimos a la interioridad, podemos decir que conceptos como persona, autoconciencia, libertad, afectividad... carecerían de significado si no los sustentara la interioridad. Sin interioridad todo es inercia, rutina, actividad descontrolada, carrera infinita que no lleva a ninguna parte. La interioridad, por el contrario, es silencio creador, fuente de inspiración, ventana abierta al asombro, espacio de personalización, lugar de cita con Dios. El camino de acceso a la verdad traspasa estas capas profundas de la personalidad. Si nos movemos en la superficialidad del mundo exterior, sólo podemos percibir la fachada de las personas y de las cosas. El espectáculo es más pobre y más incompleto porque las entrañas de la realidad se escapan a los sentidos.

La percepción valorativa de uno mismo es diferente si se hace desde la superficialidad o desde la interioridad. Bernanos escribía: “¡Cómo cambian las cosas cuando las rezo!”. Cuanto más positiva es la valoración de uno mismo, más soleada contemplamos la realidad y más preparados estamos para afrontar dificultades y superar conflictos.

No hay que olvidar que somos la tarea más importante de nuestra vida. Hay que aceptar la vida como nuestro gran proyecto. No salir fuera de uno mismo porque para que mi vida lleve un remite personal tiene que partir del centro de mí ser.

Junto a la invitación a no vivir en el exilio, la convocatoria del corazón. **Vuelve al corazón**, entra dentro de ti, no temas alojarte en tu mundo interior. La interioridad es nuestra vivienda y allí construimos nuestra propia vida. En este espacio sagrado es donde decidimos nuestro propio destino. Si queremos conocernos, tomar el pulso a nuestros sentimientos, saber a quién amamos de verdad, tenemos que mirar hacia dentro. Desde nuestro interior podemos renacer y en nuestro interior podemos envejecer y hasta morir (cf. *Mt* 15,10-20). “Vuelve, pues, en ti y vete hacia aquel que te creó. Imita a aquel hijo menor, porque tal vez tú lo eres” (*Sermón* 330, 3).

La segunda consigna es **entra dentro de ti mismo** que se puede traducir como una convocatoria a la reflexión sosegada, al recogimiento y el encuentro con la verdad de uno mismo. Porque en la interioridad es donde el ser humano juzga, busca, lleva las riendas de su biografía. Algo que nos inquieta y preocupa a todos los seres humanos es el enigma de nuestra propia vida. Estamos habitados por la tensión de nuestro misterio personal.

Para reconstruir la vida, tenemos que volver a nuestro interior. El hombre nuevo se rehace y renace desde el interior, lo mismo que se corrompe también desde su interior. “Avanza en las honduras de tu espíritu, y descubrirás cada día nuevos horizontes, tierras vírgenes, ríos de inmaculada pureza, cielos antes no vistos, estrellas nuevas y nuevas constelaciones. Cuando la vida es honda, es poema de ritmo continuo y ondulante. No encadenes tu fondo eterno, que en el tiempo se desenvuelve, a fugitivos reflejos de él. Vive al día en las olas del tiempo,

pero asentado sobre tu roca viva, dentro del mar de la eternidad; el día en la eternidad, es la eternidad, es como debes vivir”<sup>22</sup>.

La primera necesidad humana es ser uno mismo, sentirse persona libre con las riendas de la vida en las manos. Si se siente atrapado por el mundo exterior pasa a ser esclavo infeliz que confiesa con León Felipe:

*Yo no soy nadie.  
Un hombre con un grito de estopa  
en la garganta  
y una gota de asfalto en la retina.  
Yo no soy nadie.*

El ser humano siente admiración al contemplar las cosas y al encontrarse con las personas. A la admiración sigue la sorpresa, la curiosidad, la pregunta. En determinados momentos, la pregunta por el sentido es inevitable. Son esos hechos de la vida que nos sitúan en la frontera de toda comprensión: el fracaso, el dolor, la muerte, el futuro, el amor, la felicidad, la verdad, la belleza, la libertad. Situaciones que nos llevan a tocar nuestra radical limitación y los deseos más profundos de plenitud que desbordan nuestras experiencias: Un amor que no termine, una verdad que colme nuestro deseo de conocer, una felicidad sin arrugas...

En tercer lugar, **trasciéndete a ti mismo**. La interioridad es identificación con el propio ser para romper las barreras de nuestro yo y llegar al tú y al nosotros. No estamos, sin más, ante un método de introspección o autoconocimiento, tampoco se trata de un viaje a la deriva sin meta definida. Una interioridad sin trascendencia puede convertirse en narcisismo, misantropía y fría soledad. Trascenderse es empeñarse en la construcción de quien todavía no somos y salir al encuentro de Dios. La trascendencia es un camino de superación y de esperanza.

El itinerario de la interioridad agustiniana no se completa hasta que se da el paso a la trascendencia. O sea, cuando el soliloquio se transforma en diálogo con Dios. Juana Sánchez-Gey Venegas habla de *la educación en el éxtasis* y comenta: “El éxtasis es la capacidad que la persona posee de elevarse por encima de sí mismo y, superando los propios límites, valorar, unido al espíritu divino todo cuanto acontece. Esta capacidad extática es la que posibilita la libertad, la creatividad y, por supuesto, su dignidad personal. El éxtasis responde, por tanto, a la necesidad de encontrar la autenticidad en el encuentro con quien es su origen y su destino”<sup>23</sup>. Una interioridad sin trascendencia se aproxima al autismo espiritual. Éxtasis, por el contrario, es salida y a la vez encuentro.

Mientras que la exterioridad conduce a la vida sin memoria y sin proyecto, la interioridad es pasión por la vida, compromiso con una historia singular, experiencia de libertad. Además, la interioridad agustiniana es, en expresión de Ramiro Flórez, una *interioridad transcendida*. “Resulta que tenemos un

---

<sup>22</sup> MIGUEL DE UNAMUNO, *Obras selectas*, Ed. Plenitud, Madrid (1965) 183-189.

<sup>23</sup> “Educadores ante el tercer Milenio”, en Revista Agustiniiana, Mayo-Agosto 2003, vol. XLIV, Nº 134, 535.



habitador interior que es la verdad. Pero continúa Agustín explicando su proceso. Si encuentras que es mudable tu naturaleza, transciéndete a ti mismo. Una idea que Agustín también expone en el Comentario al Evangelio de San Juan: Regresa, primero, a tu corazón, tú que andas desterrado y errante. ¡Vuélvete! ¿Adónde? Al Señor. Él está a la espera (18,10). Es un paso más en el proceso. Vete más allá de ti mismo”<sup>24</sup>.

Este “vete más allá de ti mismo” es la *interioridad transcendida*. El conocimiento propio me permite trazar unos límites, ¿Qué encuentro más allá de mí mismo? ¿Qué o quién me incita a la búsqueda? Aquí es donde tiene lugar la cita con la verdad, con Dios que *es más íntimo que mi propia intimidad* (cf. *Confesiones* III, 6,11). Ir a Dios por este camino no es alineación sino encuentro.

Para san Agustín, la interioridad desemboca en Dios. Dios y el hombre son anverso y reverso de una misma moneda. A Dios se llega por el camino de lo humano, y lo humano se comprende y se ilumina desde Dios que ha querido hacerse hombre en Jesucristo. Antonio Machado también describe el mismo itinerario cuando dice que el hombre que habla consigo mismo, termina hablando con Dios:

*Converso con el hombre que siempre va conmigo  
–quien habla solo, espera hablar a Dios  
un día–; mi soliloquio es plática con este buen amigo  
que me enseñó el secreto de la filantropía.*

Este recorrido a través de la riqueza de significados que tiene la interioridad exige una observación. La mayor parte de nuestra vida se desarrolla en un espacio o escenario público, por eso cuidamos el éxito social y estamos pendientes de cómo utilizar las palabras y los gestos, cómo relacionarnos con los demás, qué imagen transmitimos. La interioridad, por el contrario, es un espacio íntimo, un ámbito escondido donde no cabe ninguna representación. En ese desplazamiento de mundo exterior al interior, el personaje se queda fuera y el yo más verdadero, que está en lo escondido, ya no está bajo la mirada de los demás, sólo la mirada propia y la de Dios. “Que no estéis huecas”, decía gráficamente santa Teresa a sus monjas<sup>25</sup>.

## **EDUCAR LA INTERIORIDAD**

No es suficiente subrayar la importancia de la interioridad como concepto clave de la antropología agustiniana o como valor educativo. Tenemos que atrevernos a diseñar una *pedagogía de la interioridad*.

La interioridad tiene su aprendizaje y el aprendizaje su graduación. Si la interioridad supone viajar hasta la profundidad de uno mismo, contemplar desde allí la realidad con mirada penetrante y escucharse, el primer obstáculo es la falta de silencio. Silencio interior, sobre todo, como capacidad de

---

<sup>24</sup> RAMIRO FLÓREZ, “La interioridad transcendida”, en *Valores agustinianos pensando en la educación*, Publicaciones FAE, N° 3, Madrid (1994) 105.

<sup>25</sup> *Camino* 48,2.

separarnos de los acontecimientos y las cosas y señorío sobre nuestros pensamientos, emociones y sentimientos. Se contrapone a la mirada superficial de aquel que *cuanto más corre, menos ve*<sup>26</sup> y hace posible avanzar en las honduras del espíritu.

A todos nos enseñaron a andar, a caminar de forma autónoma después de habernos soltado de la mano de nuestra madre y de nuestro padre. Hay otro desplazamiento que también hay que aprender y es el viaje hacia el centro de uno mismo.

El siete de septiembre de 2001, el Papa Juan Pablo II recibió a los agustinos que participaban en el Capítulo general y en su discurso de de saludo les confiaba la misión de ser *pedagogos de la interioridad*. Por extensión, podemos aplicar este título a todos los educadores agustinianos. ¿Cómo acompañar a los demás en el tránsito desde la cultura superficial y la noticia fugaz a la interioridad, el asombro y el misterio? Planteado de otro modo, ¿cómo enseñar a ser y crecer desde dentro?

- Una educación para la interioridad exige, en primer lugar, ***pedagogos de la interioridad***. Personas que transmitan la sabiduría de vivir desde la profundidad de uno mismo. Esto significa que nuestra vida no sea solo actividad, que en el ámbito personal y familiar, también se cultiven la búsqueda, el diálogo confidencial, la oración, el tiempo para la reflexión, la contemplación de la naturaleza...

La imagen que ofrecemos coincide muchas veces con la de unos hombres y mujeres que se mueven deprisa de un lugar a otro contagiados por el ritmo vivo de la calle. Por eso, es importante recuperar o colocar en un lugar de mayor atención, tareas un tanto relegadas como el silencio, la lectura, la contemplación... Que nadie piense que son lujos monásticos incompatibles con el trabajo profesional y la atención a las necesidades familiares y domésticas. Está en juego el equilibrio, la armonía y la calidad de nuestra vida. “Casi todos los frutos de la meditación se perciben fuera de la meditación. Algunos de estos frutos son, por ejemplo, una mayor aceptación de la vida tal cual es, una asunción más cabal de los propios límites y de los achaques o dolores que se arrastren, una mayor benevolencia hacia los semejantes, una más cuidada atención a las necesidades ajenas, un superior aprecio a los animales y a la naturaleza, una visión del mundo más global y menos analítica, una creciente apertura a lo diverso, humildad, confianza en uno mismo serenidad...”<sup>27</sup>.

- ***Sin interioridad es imposible el conocimiento propio***. Conocernos es el resultado de un viaje por los pasillos de nuestro yo más íntimo para escuchar el rumor de nuestros sentimientos, saber qué hay debajo de nuestra piel, qué guardamos en la profundidad de nuestro propio ser. Esta conciencia de sí mismo emerge de la experiencia personal reflexivamente observada. Por eso la *interioridad* me permite vivir la vida como una tarea de *fidelidad a mí mismo*, de *responsabilidad*. La responsabilidad es una forma de matrimonio entre las

---

<sup>26</sup> LECLERCQ, J., “Elogio a la pereza”, en *De la vida serena*, Patmos, Madrid (1965) 27.

<sup>27</sup> D’Ors, *Biografía del silencio*, 87.

convicciones y las obras, una respuesta a la voz de la propia conciencia que, desde dentro, orienta el comportamiento humano de acuerdo con un proyecto determinado. Sin interioridad –que es llamada, convocatoria a la fidelidad– todo es cambiante, arbitrario, y no se puede hablar de responsabilidad que es respuesta consciente.

El ser humano alejado de su interioridad, vive con un desconocido porque se aleja del núcleo de su individualidad original y sin individualidad no hay historia personal. Conocer nuestro grado de salud física exige una cadena de pruebas médicas que desembocan en un diagnóstico. El autoconocimiento – que integra la medida de nuestras posibilidades intelectuales, la fuerza de nuestras aptitudes psicológicas, los pliegues de la responsabilidad, el dominio de los sentimientos, la firmeza de las convicciones, las vibraciones de nuestra sensibilidad...– es tarea tan apasionante como difícil e interminable. Morimos sabiendo un poco de nosotros mismos, pero sin poder hacer el retrato completo. Somos pasado y presente, realidad y apariencia, genética y obra sin estrenar. Los psiquiatras refuerzan la idea de que lo primero que tiene que conseguir el ser humano es encontrarse consigo mismo, ordenar las piezas del rompecabezas de su personalidad. Conocerse nunca será fruto de la improvisación y tampoco el resultado de los juicios que los demás hagan sobre nosotros. Nuestro patrimonio más personal y verdadero es la interioridad.

● **Descubrir y valorar la interioridad como un camino que nos hace personas sanas psicológicamente.** Hay personas que pasan un tiempo de su vida como el vagabundo que no tiene domicilio propio y cada día se cobija en un lugar diferente. Sin hablar de formas leves de trastornos ciclotímicos, la falta de autoconocimiento lleva a identidades cambiantes, continuas oscilaciones de estado de ánimo y episodios en los que uno no se reconoce a sí mismo. La visión de la propia vida pasa de la seguridad al desvalimiento y los elementos positivos de la personalidad se solapan con otros de signo contrario. El resultado es un tejido biográfico deshilachado, un relato que recoge un tropel de vivencias a veces enfrentadas y un pensamiento dicotómico en el que se suceden ideas absolutamente irreconciliables.

Aunque la vida es compleja –un mosaico formado por infinidad de teselas que hay que ensamblar– hay que buscar la sencillez y la armonía. La clave está en contar con un suelo firme y anclar la existencia en lo escueto y esencial como referencias que permitan conocernos, conocer a los demás y percibir la realidad sin distorsionarla por el estrabismo de la propia mirada. C. R. Rogers habla del “proceso de convertirse en persona”, que culmina en un “funcionar integralmente”<sup>28</sup>. Esta ruta hacia la madurez y el equilibrio pasa por la interioridad que nos emplaza a objetivos como la felicidad razonable, la clara definición de uno mismo, la capacidad de descifrar el sentido y el valor de las circunstancias que nos envuelven, la visión trascendente que ilumina sombras y llena el vacío existencial.

---

<sup>28</sup> Cf. ENRIQUE ROJAS, *¿Quién eres? De la personalidad a la autoestima*, Tems de hoy (2009) 338.

●**Recuperar la importancia y utilidad del silencio.** Una buena batería de preguntas para la autoevaluación sería: ¿Cuántos minutos diarios dedico a pensar en mi vida, a hablar conmigo mismo? ¿Me siento el artífice de mi vida o soy como el navegante que le han montado en una canoa y, sueltas las amarras, avanza arrastrado por la corriente del río? Los acontecimientos inesperados, personales, familiares, internacionales... ¿despiertan en mi la reflexión y el silencio? ¿Qué repercusión tiene el mundo exterior en mi mundo interior? ¿He descubierto que el silencio es un agente de comunicación que permite transmitir estados de ánimo, sentimientos, vivencias íntimas?

El silencio es una de las formas más elocuentes y fecundas de comunicación. Sobre todo, se convierte en diálogo interno que determina si somos nuestro mejor amigo o nuestro peor crítico. Podemos pensar en reacciones, propias o de los demás, que nos hacen sufrir o podemos revivir momentos gratificantes que sanan las experiencias más hirientes. En el silencio, el espíritu alienta y aletea con ritmo libre y sin barreras. Silencio y palabra, soledad y comunicación profunda no son antagónicos. Si no hay interioridad, el diálogo se queda en un intercambio superficial de palabras ajeno a ese asomarse a la intimidad del otro que posibilita la comunicación.

La cultura actual –dominada por tertulias, discursos e intervenciones parlamentarias– no valora el silencio. Callar equivale a ignorancia o carencia de argumentos para la defensa de una causa. Hablar se equipara a sabiduría o a capacidad de persuasión. El torbellino de las palabras nos aturde e impide la mirada contemplativa de la realidad que es un conocer acompañado de admiración porque llega hasta el corazón de las cosas. Contemplar es detenerse en el camino y dejarse interpelar por las voces del mundo. Voces que solo son perceptibles en y desde el silencio. “El silencio da miedo porque en el silencio se revela lo más íntimo de cada uno, lo más personal e intransferible de cada persona. El silencio propicia el viaje hacia la interioridad, hacia el propio mundo. Y este viaje da miedo, porque a través del se descubre la propia identidad, la propia personalidad. Las voces ahogan este proceso y lo detienen, pero el silencio lo promueve y hace posible. (...) El encuentro con la propia identidad preocupa porque interroga y desafía. Cuando uno vive la experiencia silente, se encuentra totalmente desnudo consigo mismo, más allá de todas las cosas y de todas las máscaras. Entonces el yo aflora con naturalidad, con espontaneidad, y, de este modo, interpela, pregunta, provoca y plantea retos”<sup>29</sup>.

Al hablar del silencio, es oportuno subrayar la necesidad del distanciamiento mental de los problemas. Es más difícil el distanciamiento mental que el físico. De un lugar podemos alejarnos tomando el primer autobús, pero es más costoso distanciarse de nuestros sentimientos, nuestros deseos o nuestros recuerdos. Por eso, cuando la afectividad está en ebullición y el mundo de los deseos es casi ilimitado, la concentración es para muchas personas una cima inalcanzable. En todo momento tiene validez la recomendación de san Agustín: “Bucea en tu intimidad y trata de encontrar ese dulce rincón escondido del alma donde puedas verte libre de ruidos y argumentos” (*Sermón* 52,19, 21).

---

<sup>29</sup> F. TORRALBA ROSELLÓ, *El silencio: un reto educativo*, PPC, Madrid (2002) 38–39.

● **La interioridad garantiza la verdadera comunicación.** El camino de la interioridad tiene una doble dirección: Hacia dentro y hacia fuera. No huir, no engañarse con imágenes que tienen poco que ver con nuestra fotografía verdadera es situarse en la línea de salida de este camino. Y no cabe hacer el viaje en grupo, nuestra vida es única. La vida humana se va iluminando desde dentro y se va abriendo. Mi historia personal es un encuentro, una experiencia de compañía íntima que me hace ser más, me enriquece y me trasciende. Sin interioridad no hay historia personal, no hay individualidad, no hay libertad. En una cultura de marcado acento personalista, se podría traducir la interioridad agustiniana como posibilidad de ser libre y como plenitud humana que llega hasta la posibilidad del encuentro fraterno con los demás y el encuentro salvador con Dios.

● **La interioridad nos hace protagonistas de nuestra existencia, unifica nuestras facultades y refuerza el gusto por la vida.** Ha habido pensadores que han definido la vida como una pasión inútil, otros hablan del “relevo del hombre por la máquina”<sup>30</sup>. Parece que el hombre sea un ser anónimo, sin nombre y sin rostro, cercado de problemas y riesgos. El crecimiento desmesurado de la ciencia, la carrera armamentística y las catástrofes naturales que se suceden, hacen que nos sintamos atemorizados. La conciencia de la peligrosidad de un desarrollo incontrolado de la ciencia y la técnica conduce al sentimiento de pequeñez e impotencia.

María de Villota –que falleció de forma inesperada el 11 de octubre pasado – confesó que, tras perder el ojo en el accidente, “te das cuenta de que ves más que antes. Yo antes sólo veía la Fórmula 1, sólo me veía encima de un coche compitiendo y no veía lo que realmente era importante en mi vida”.

*La vida es un regalo* (Plataforma Editorial) era el libro póstumo en el que desnudaba el alma de una mujer “muy cabezota”, como ella misma se definía y con un admirable sentido del humor: “Dejadme que me ría de esta broma macabra, ya que gracias a esta cabeza dura que tengo pude salvar mi vida”. En el mes de mayo respondía en una entrevista en el periódico *La Vanguardia*: “Mi vida ahora se ha detenido. No tiene nada que ver. A la María de antes me une mi novio, Rodrigo, y mi perro. Antes no les podía dedicar tiempo, ahora dependo de ellos. Es una vida más interior, que me reconforta mucho. Ahora sé que, fuera del coche, soy más fuerte de lo que pensaba. Creo que siempre he sido la misma luchadora. Antes lo era al volante. Ahora lo soy de la vida”. (...). “Yo era piloto. Corría mucho, a gran velocidad. Tan rápido que apenas calaban en mí las gotas de las miserias de la vida. Y no porque no las tuviese cerca, sino porque solo quería correr, avanzar, lograr ese objetivo, cumplir mi sueño”. Así comienza el libro *La vida es un regalo* que iba a presentar el 14 de octubre. Recordando el tiempo de su hospitalización después del accidente de 3 de julio de 2012, decía: Hasta cuando te estás muriendo puedes decidir si sigues luchando o abandonas el barco. Yo no vi un túnel, ni una luz. Soy creyente, pero no vi a nadie que me dijera nada. Sin embargo, estaba peleando en

---

<sup>30</sup> J. ELLUL, *El siglo XX y la técnica*, Labor, Barcelona (1960) 128.

aquella sala de quirófano». Desde su vivencia, añadía, «morir hasta cierto punto también es decidir».

Su mensaje lo resumía ella misma con palabras claras y directas: “¡Parad! Parad en seco como si un accidente ocurriera en vuestra vida. Sí, nuestra vida no es nuestra. Es un trozo de tiempo infinito si lo compartes con quien amas, con quien te necesita. Y el mismo trozo de tiempo mezquino si no aprecias esto y cuanto te rodea”.

Idéntica pasión por la vida expresa un escritor de nuestros días: “Yo, naturalmente, no sé bien qué es la vida, pero me he determinado a vivirla. De esa vida que se me ha dado, no quiero perderme nada: no solo me opongo a que se me prive de las grandes experiencias, sino también y sobre todo de las más pequeñas. Quiero aprender cuanto pueda, quiero probar el sabor de lo que se me ofrezca. No estoy dispuesto a cortarme las alas ni a que nadie me las corte (...) Quisiera conocer a cuantos maestros puedan enseñarme y ser maestro yo mismo”<sup>31</sup>

Por otra parte, en nuestra cultura de *exterioridad* y de *dispersión* nos absorbe tanto el trabajo productivo, el rendimiento y el consumo, que olvidamos lo que se nos ofrece gratuitamente: la vida, la naturaleza, el arte, la belleza, el amor... Si vivir sólo es un hecho biológico y toda nuestra existencia se desarrolla en un plano horizontal, hay razones para el cansancio vital, la desesperanza, el aburrimiento. Cada persona tiene que recogerse en el claustro de sí misma, descubrir la fuente de su seguridad y de su confianza, la fuerza vivificante que hay en su interior. Esta dimensión espiritual es, para el creyente, la fe y la confianza en un Dios que es Padre y nos ama tal como somos.

● **La interioridad agustiniana lleva al encuentro con Dios.** Despliega una dimensión humana tan importante como es la posibilidad del encuentro con Dios. La vida humana se va abriendo e iluminando desde dentro. Cada historia personal es una gracia, una experiencia de compañía íntima, de amor único y de aceptación incondicional, que hace ser más, enriquece y trasciende. Educar la interioridad contribuye a crear –en una sociedad inmersa en unos valores y formas de vida cerrados en sí mismos y limitados por intereses que no van más allá de lo material e inmediato– un clima de apertura a la trascendencia.

Mientras tengamos las manos llenas de preguntas, la persona tiene que buscar respuestas acudiendo a las regiones del saber y del creer, de la ciencia y la trascendencia. El despliegue de la dimensión religiosa posibilita la plenitud y es un paso en el proceso de humanización.

En el camino de la interioridad no es suficiente conocerse. El ser humano no es mero espectador, buceador y radiólogo de sí mismo, sino sujeto apasionado y artesano de su vida, alguien que busca en su interior la verdad y se siente llamado a tejer una historia singular. Por eso la interioridad se distancia abiertamente del gusto por una vida cerrada, mágicamente aislada. El hombre

---

<sup>31</sup> Pablo d'Ors, *Biografía del silencio*, 92-94.

exterior –por contraposición al hombre interior– vive extrañado, disperso, exiliado de sí mismo, confundido con el entorno. Vida sin memoria y sin proyecto, sin ayer y sin mañana.

Antes de ser un hecho religioso, la interioridad es un valor antropológico universal. O, también, uno de esos valores religiosos que son respaldo y garantía de valores humanos. Podríamos hablar hoy de una interioridad secularizada, sin referencia religiosa explícita. Cuando alguien mira hacia su interior, siente admiración emocionada por aquello que va descubriendo, luego viene una experiencia de libertad. Es verdad que vivo en un mundo superpoblado, acosado por los gigantes de la publicidad y el ambiente, pero me descubro único y libre, responsable de mí mismo, autor de una vida irrepetible que nadie vivirá por mí.

El conocimiento propio me identifica y permite trazar unas fronteras; la *interioridad trascendida* me lleva al convencimiento de que mi vida no se agota en mi yo, que tengo que hacer un hueco en mi persona para que sea el lugar de la posibilidad amorosa de ir más allá de mis propios límites. Ir a Dios por este camino no es alienación sino *encuentro*.

Si el ser humano viaja al fondo de su memoria, puede llegar a la experiencia de Dios.

*Y yo buscaba al Dios desconocido  
en los altares, sobre la vidriera  
en que jugaba el sol a ser fuego y cristal.  
Y ella añadía: “No le busques fuera,  
Cierra los ojos, oye su latido.  
Tú eres, hijo, la mejor catedral”<sup>32</sup>*

El único camino, sin embargo, es la fe. Creer para ver, no al contrario. El método agustiniano comienza por la fe. Agustín se vio enfermo y débil para encontrar la verdad basado en la razón pura (Cf. *Confesiones* VI, 5, 8). Fe razonada y razonable, auxiliada por la razón “Torpe es creer algo sin su razón” (*La utilidad de la fe* 14, 31). Ni la razón sin la fe, ni la fe sin la razón. “El hombre quiere entender porque a la voluntad le precede la razón” (*Sermón* 43, 3, 4). “¿Quién no ve que antes es pensar que creer?” (*La predestinación de los santos* 2, 5).

Llegamos al punto final de esta reflexión que enmarca el AULA 2014 con un doble convencimiento: Que la interioridad agustiniana es espiritualidad, es antropología y es pedagogía. Remanso de silencio y de paz, taller donde tiene lugar el trabajo artesanal de construir nuestra personalidad, espacio personal de encuentro y de abrazo con Dios. Podemos cultivar una interioridad hospitalaria y acogedora o convivir con un solar interior vallado, deshabitado e inaccesible. Ante *el cambio educativo* –sea cual sea– la interioridad agustiniana es el mejor equipaje para convertir la función pedagógica en una forma de donación de la propia vida. En el siglo XIII escribía san Alberto Magno: “Hay tres tipos de plenitud: la plenitud del vaso, que retiene pero no da; la del canal,

---

<sup>32</sup>J. L. MARTÍN DESCALZO, *Testamento del pájaro solitario*, Verbo Divino, Estella (1995) 37.

que da pero no retiene; y la de la fuente, que retiene y a la vez da. Hay hombres–vaso, que tienen pero no comparten, espléndidos pero estériles. Hay hombres–canal, que dan de forma vital pero quedan vacíos. Y hay hombres–fuente, que dan si vaciarse, riegan sin disminuir, ofrecen sin secarse”. ¿Hace falta recordar que esa fuente honda e inagotable es la interioridad?

PUBLICACIONES FAE



## ALGUNOS TEXTOS SOBRE LA INTERIORIDAD AGUSTINIANA

“Uno de los rasgos principales de la espiritualidad agustiniana es el sentido de interioridad, es decir, «la búsqueda del propio corazón, de la propia vida interior, de la propia conciencia...La interioridad, no obstante, no significa una introspección superficial por la que nuestro propio yo se convierte en el único objeto de nuestras preocupaciones»<sup>1</sup>. No nos cierra en los estrechos límites del egoísmo, sino que nos abre al encuentro con Dios y de los otros en él y, por tanto, es motor de auténtica implicación en el mundo. Los textos de san Agustín a propósito de la interioridad son numerosos y de una gran belleza. Comentando su itinerario hacia la conversión, Agustín recuerda hacia dónde debe orientarse esa búsqueda, reconociendo los vanos intentos en caminos equivocados: «¡Tarde te amé, hermosura tan antigua y tan nueva, tarde te amé! Y he aquí que tú estabas dentro de mí y yo fuera, y por fuera te buscaba; y deforme como era, me lanzaba sobre estas cosas hermosas que tú creaste. Tú estabas conmigo, mas yo no lo estaba contigo» (*Confesiones* X, 27,38). Dios está presente en el ser humano, más íntimo que su más profunda realidad y más alto que su circunstancia más trascendente. Por eso podemos afirmar con acierto que «nuestra felicidad está interiormente» (*El Sermón de la Montaña* 1, 5, 13), porque Dios «no se encuentra lejos de nosotros» (*La Trinidad* VIII, 9, 13), ya que «en el hombre interior habita la Verdad» (*La verdadera religión* 39, 72)».

LUIS MARÍN DE SAN MARTÍN, OSA, “La espiritualidad de la Orden de San Agustín”, en *San Agustín un hombre para hoy*, Religión y Cultura, Buenos Aires (2006) I, 311.

---

“La doctrina de la interioridad agustiniana no es meramente el fruto de la inventiva intelectual de san Agustín, sino el resultado final de una larga experiencia de vida, afrontada en inquieta y honesta búsqueda. Desde muy joven se contagió del anhelo que impulsó a los más grandes y genuinos filósofos: encontrar la clave para vivir la existencia con sabiduría y verdad.

El mundo y la vida humana son realidades que están ahí y han de tener su verdad. Sin embargo, tal como en la praxis son entendidos, presentan evidentes y burdas contradicciones e incoherencias. La primera de ellas es la aspiración indeclinable de felicidad, común a todo ser humano, y la frustración sistemática de tal deseo. No es posible vivir sabiamente si se ignora la verdad acerca del mundo y acerca del hombre. ¿Tienen el ser humano y el mundo un fundamento, un sentido y una meta, o son más bien un absurdo existencial?

He aquí los primeros interrogantes que lanzaron al joven Agustín a una inquietante búsqueda. Comienza sus ensayos y se embarca, primero por el rumbo que siguen las mayorías tras el disfrute del placer sin restricciones, la fama y el dinero, que reconoce al fin puros espejismos. Sondea después la mayoría de las escuelas filosóficas, en las que encuentra luces valiosas, pero insuficientes. Cree ver, por el momento, un faro en las doctrinas maniqueas, pero descubre, muy pronto, su inconsistencia y vira hacia la astrología, que

---

<sup>1</sup> Cf. *Plan de Formación Agustiniana. Ratio Institutionis Ordinis Sancti Augustini*, Pubblicazioni Agostiniane, Roma (1993) 40-41.

parece brindarle un rayo de esperanza con sus pronósticos, predicciones y horóscopos. Muy pronto, sin embargo, se convence de que «estas cosas no eran más que tonterías y ridiculeces» (*Confesiones* VII, 6). Tantos intentos frustrados conducen a Agustín a un escepticismo transitorio que tampoco le tranquilizó”.

FRANCISCO GALENDE, OSA, *La interioridad agustiniana*. Manuscrito.

---

“Es evidente que san Agustín ha puesto un tono y un temple de reiteración e insistencia en la afirmación de la interioridad. Todos los que se han acercado de algún modo a la literatura agustiniana de los últimos decenios se han tenido que aguantar y hasta aprender de memoria el «*No quieras derramarte fuera; entra dentro de ti mismo*» y el «*entra dentro de ti mismo*» y otras consignas del mismo significado...San Agustín las pone ciertamente como capitales, pero todos las hemos repetido hasta el empalago. ¡Tan necesarias y necesarias son en esta época de extroversión para invitar al hombre a encontrarse a sí mismo!”

RAMIRO FLÓREZ, *Presencia de la verdad*, Augustinus, Madrid (1971) 256.

---

“Pocos autores cristianos, si exceptuamos algunos inspirados por él mismo, han insistido tanto en la afirmación de la presencia de Dios en el hombre como san Agustín. En la antropología agustiniana todo son alusiones y citas para apuntar, desvelar y dar a conocer esta presencia. Con todo, en la historia de su vida tenía Agustín una experiencia bien deprimente y dolorosa. Había rodado muchos años, en rabiosa inquisición de claridades, sin haber podido alcanzar esta verdad tan inmediata y elemental. Y solo ahora, después del largo itinerario recorrido. Analizado y repensado, aparecía la razón de todo.

«*Tú estabas conmigo, pero yo no estaba contigo...Tú estabas dentro de mí, y yo estaba fuera, y por fuera te buscaba; y deforme como era, me lanzaba sobre estas cosas hermosas que creaste...*» (*Confesiones* X, 27, 38).

«*Tú me agujoneabas con estímulos internos para que estuviese impaciente hasta que tú me fueses cierto por la mirada interior*» (*Confesiones* VIII, 8, 12).

«*Y ¿dónde estaba yo cuando te buscaba? Tú estabas ciertamente delante de mí, mas yo me había apartado de mi mismo y no me encontraba, ¡cuánto menos iba a encontrarte a Ti!*» (*Confesiones* V, 2, 2; III, 6, 11; *Tratados sobre el Evangelio de san Juan* 23, 10).

Dios estaba oculto, pero no ausente. Quien estaba ausente era Agustín de sí mismo. Dios es siempre el inmediato y el próximo; pero también el silencioso y el innominado. Tenía, pues, Agustín razones para que la llamada a la interioridad, al recogimiento y acallamiento interiores cobrara calidad y matiz de actitud permanente. Pero la lección no terminaba ahí. Cuando se trate de formular el principio completo, veremos que hay una segunda parte que es la que da sentido a la interpretación de la primera. La primera mirada del hombre hacia sí mismo, que es la que trata de originar y forzar Agustín, es para que se reconozca en lo que es, mudable y requirente, ansioso e insatisfecho, y que nada de lo que hay en él puede apaciguarle y plenificarle. Y si encuentras que

es mudable tu naturaleza, trasciéndete a ti mismo (*La verdadera religión* 39, 72)".

**RAMIRO FLÓREZ, *Presencia de la verdad*, Augustinus, Madrid (1971) 257-258.**

---

“La interioridad agustiniana es como un Compostela espiritual, meta de una peregrinación a la que se llega por diferentes rutas. En la catedral del corazón humano el hombre puede encontrar la Verdad que, cual otro apóstol, allí mora esperando ser abrazada. La filosofía, la teología, la espiritualidad y la moral fueron como rutas diversas por las que san Agustín llegó a esa catedral, rutas que no dejó de recorrer, siempre con el mismo objetivo de abrazarse a la Verdad. Es este abrazo lo que impide identificar sin más la interioridad agustiniana con la simple introspección psicológica”

**PÍO DE LUIS VIZCAÍNO, OSA, *Teología espiritual de la Regla de san Agustín*, Ciudad Nueva-Estudio Agustiniano, Madrid (2013) 121.**

---

“Una de las facetas más importantes de la doctrina de san Agustín es la interioridad, tal vez porque ha sido una de las lecciones más importantes que ha aprendido en su vida. Agustín, que ha sido un hombre disperso, ha tenido que interiorizarse para poder reconquistar su propio ser y trascenderse. Es volverse hacia sí mismo. «¡Oh hombre, ¿hasta cuándo vas a estar dando vueltas en torno a la creación?! Vuélvete a ti mismo, contéplate, sondéate, examínate» (*Sermón 2, 17*).

Entrar en el propio mundo interior, examinarse a fondo, serán los primeros pasos de todo el que quiera ser él mismo. Educar en y para la interioridad implica ayudar a que el alumno supere la superficialidad en que se desarrolla la vida social y animarle a que deje salir lo irrepensible que tiene dentro. Es educar para que cada uno sea él mismo, único, irrepensible, original. Pero nunca podemos olvidarnos de que el hombre solo se hace comprensible desde su relación con Dios, ya que toda su grandeza y su dignidad están aquí. El hombre agustiniano es un ser que anhela, que proyecta, que vive; es un ser itinerante, siempre en camino, pero que el secreto más profundo está dentro, la misma presencia de Dios que le hace ser. Por eso educar en la interioridad significa ayudar a que se cultiven interiormente y superen la dispersión y el turismo mental...

Educar para la interioridad es acostumbrarse a consultar al que habita dentro, es dejarse instruir por el que es Maestro con su misma presencia. El educando debe descubrir por sí mismo la verdad y la educación lo que hace es ayudarle en la tarea. Es evidente que para esto será necesario conocerse a fondo desde un *vivir por dentro*. Es más, el propio conocimiento es prioritario. Agustín hace una invitación a que volvamos al corazón como camino para buscar al mismo Dios”

**SANTIAGO SIERRA, OSA, “El educador agustiniano. Actitudes y líneas de acción”, en *El lugar de la educación. Una aproximación desde san Agustín*. I JORNADA AGUSTINIANA DE EDUCACIÓN, 15 de mayo de 2004, Religión y Cultura, Buenos Aires- Madrid (2005) 85-86.**

---

“Hay expresiones de san Agustín que, por la fuerza de su expresión y la riqueza de su contenido, merecen ser conservadas y transcritas en latín, su lengua original. Y hay cuatro expresiones, entre otras, que, unidas entre sí, marcan el camino agustiniano de la espiritualidad y resumen todo un itinerario que siguió nuestro santo: *Noli foras ire, in teipsum redi; in interiore homine habitat veritas; transcende et teipsum.*”

Que en la lengua que tú y yo hablamos significa: *No quieras desparramarte hacia afuera; entra dentro de de ti mismo; en el interior del hombre reside la verdad; y trasciéndete a ti mismo.*

*Noli foras ire.* No salgas fuera de ti. No te disipes en las cosas, no te pierdas en ellas, ni te esclavices a ellas. No seas frívolo ni superficial. Frases en negativo porque es, quizás, la forma más rotunda de expresar una afirmación. No dejan lugar a la excepción, a la epiqueya. Cierran, y no abren, el más pequeño resquicio por donde escapar.

Es la primera etapa de un itinerario que comienza por dentro y no por fuera de uno mismo. Fue el gran hallazgo de Agustín. En cuanto lo descubrió, comenzó a caminar. Antes erraba despistado y desparramado; ahora, camina”

---

**TEODORO BAZTÁN, OAR, *Búsqueda y encuentro. Apuntes para una espiritualidad laical agustiniana*, Augustinus, Madrid (2000) 151.**

---

“En todo este proceso de la apostasía y conversión a Dios, carga san Agustín el acento sobre el retorno a sí mismo, el *reversus in semetipsum* de la parábola del hijo pródigo, y significa psicológicamente un cambio de mentalidad para reflexionar sobre la situación propia, sobre el fracaso de su vida anterior, sobre el vacío del alma que le dejaron los años pasados en devaneos mundanos, sobre el hambre que le muerde, sobre los bienes perdidos de la casa de su Padre. Aquí surge el hombre interior para levantarse e ir a Dios, quemando los ídolos que adoró.

Por eso dice en otra parte: «*El hombre debe reintegrarse a sí mismo, a su interior, para que haciendo allí como su hincapié y su escalón, se levante y se eleve hasta Dios, como aquel hijo menor que primero se recogió en sí mismo y entonces dijo: Me levantaré e iré a mi Padre*» (*Retractaciones I, 8. 3*). Es siempre el recogimiento, el dejar los trápagos de lo exterior, el recogerse dentro para convertirse a Dios, como recobrando su personalidad perdida en las cosas de fuera”.

---

**VICTORINO CAPÁNAGA, OAR, “El proceso del hombre interior, según San Agustín”, en “*Noli foras ire*”. *Aspectos de la interioridad en san Agustín*, Instituto de Espiritualidad Agustiniana, Jornadas 1979, Marcilla (Navarra) 19 al 21 de abril, p. 45.**

---

“El silencio da miedo porque en el silencio se revela lo más íntimo de cada uno, lo más personal e intransferible de cada persona. El silencio propicia el viaje hacia la interioridad, hacia el propio mundo. Y este viaje da miedo, porque a través de él se descubre la propia identidad, la propia personalidad. Las voces ahogan este proceso y lo detienen, pero el silencio lo promueve y hace posible. (...)”

El encuentro con la propia identidad preocupa porque interroga y desafía. Cuando uno vive la experiencia silente, se encuentra totalmente desnudo consigo mismo, más allá de todas las cosas y de todas las máscaras. Entonces el yo aflora con naturalidad, con espontaneidad, y, de este modo, interpela, pregunta, provoca y plantea retos”.

FRANCESC TORRALBA ROSELLÓ, *El silencio: un reto educativo*, PPC, Madrid (2002) 38-39.

---

“La interioridad es, seguramente, el valor más característico. Agustín lo vive a fondo: escudriña a tientas las mismas entretelas del alma, lo más íntimo de la propia intimidad; logra desvelar su **vida espiritual**, inmersa en el raudal de *luz intelectual* de la sabiduría y en la *llama de amor* viva. E invita a caminar por la vida practicando la aventura del **turismo interior**, «*Viajan los hombres por admirar las alturas de los montes, y las ingentes olas del mar, y las anchurosas corrientes de los ríos, y la inmensidad del océano, y el giro de los astros, y se olvidan de sí mismos*» (*Confesiones* X, 8, 15)

El viaje por la interioridad lo expone san Agustín en *La verdadera religión* (*La verdadera religión* 39, 72). El camino que sigue en ese *turismo interior* es el de la **interioridad trascendida**.

Este método existencial, a base de experiencia y de intuición de lo que se lleva **dentro**, hace que la persona se encuentre con el *cordón umbilical* que lo *re-liga* a su Principio (“*Memoria Dei*”). El hombre, entonces, se da cuenta de que no tendría sentido en solitario; de que solo puede entenderse abierto a la **trascendencia**, a ese fondo de *misterio*. Esa *deuda existencial* es la que le genera el *sentimiento religioso*.

Por el camino de la interioridad, se van poniendo en pie las diversas facultades y dimensiones del alma: la *mente* con su criterio instintivo y sincero de **verdad**; el *corazón* inquieto con su impulso vital de **amor** y su anhelo infinito de felicidad; las *semillas* de las aspiraciones universales más íntimas; la **unidad** intrínseca de todo el género humano y de la entera creación, que encarnan *en común* el plan del Creador.

Fiel a su mundo interior, la persona evita caminar errante por los derroteros del *espejismo de la fascinación*, y cultiva los **valores** que dan *sentido* auténtico a su vida.

Hay que advertir que el camino de la interioridad no tiene nada que ver con la *introversión*, con la *inmanencia subjetiva*, con el *ensimismamiento*. Sería como mirar fijamente el dedo índice que invita a contemplar las estrellas. La verdad acabaría siendo mero producto del hombre, como querían algunas filosofías antiguas y como proclamarán después las *filosofías modernas* y *contemporáneas* simplemente *humanistas*. Esas filosofías buscan a la persona para quedarse en ella. Piensan que la persona es autónoma, autosuficiente, la *libertad absoluta*. Entronizan al hombre como dueño del ser, del pensar, del querer, del actuar. Como si fuera el hombre *quien crea* la verdad, y no la verdad quien crea al hombre y le invita a *ser su testigo*.

Agustín trata, por el contrario, de explorar la intimidad para ver que está *habitada*, que está invadida por la *alteridad*.

"Recogerse interiormente y regresar hacia sí mismo (*Contra los académicos* 2, 2,4), es la aventura intelectual y espiritual que ocupa toda la vida de san Agustín. Conviene subrayar desde el principio que el término *interioridad* abarca un amplio horizonte de significación.

Decir que el mundo interior es el lugar de la verdad, significa aceptar el recorrido hasta el término de la inquietud agustiniana. La razón va subiendo escalones hasta el encuentro con Dios, con uno mismo, con los demás. Estas grandes relaciones que configuran la arquitectura básica de la existencia humana, tienen su centro de gravedad en la interioridad. Desde aquí parte la vía agustiniana de acceso al mundo cotidiano, la mirada profunda, contemplativa, de las cosas, de la parte más amplia de la vida, de la densidad de lo ordinario. Admirable no es solo lo extraordinario, sino también lo ordinario. No hace falta usar lentes especiales, basta educar la mirada para descubrir en la «*ambigüedad de la rutina*»<sup>2</sup> lo maravilloso, lo profundo de lo real. Desde esta dimensión de interioridad, varía substancialmente lo que se ve y lo que se siente.

San Agustín sugiere un itinerario original: Conocerse para conocer. «*Vuelve a tu corazón...*» (*Sermón* 311, 13-14), «*no te desparrames en el mundo exterior...*» (*El orden* 2, 11,30), «*la verdad está dentro de ti...*» (*El maestro* 12,40; 14,45). «*Vuélvete a ti mismo, contéplate, sondéate, examínate*» (*Sermón* 2, 17).

Cuando nos distanciamos de la interioridad, centro y eje de nuestra existencia, nos deslizamos por la superficie de los acontecimientos. En lugar de *convertirnos*, tratamos de *divertirnos*, en lugar de concentrarnos, nos dispersamos. Preferimos hablar antes que pensar. Movernos, no estar quietos, no permitir el lenguaje del silencio que nos recuerde que no tiene sentido vivir aturdidos, siempre a galope de un lugar para otro.

En el marco educativo, la biología y la anatomía van orientando al niño y al joven para que conozca su cuerpo, sepa el nombre y el funcionamiento de sus órganos. ¿Quién va a ayudarle a descubrir que es un ser único, habitado, un incunable irrepitable, y que esa unicidad le viene de poseer un mundo interior propio que tiene que conocer y cultivar porque esas son las raíces de su personalidad?

Teilhard de Chardin escribió una página hermosa sobre el proceso de la interioridad: «...*tomé una lámpara y, abandonando la zona, en apariencia clara de mis ocupaciones, y de mis relaciones cotidianas, bajé a lo más íntimo de mí mismo, al abismo profundo de donde percibo, confusamente, que emana mi poder de acción. Ahora bien, a medida que me alejaba de las evidencias convencionales que ilumina superficialmente la vida social, me di cuenta de que me escapaba de mí mismo. A cada peldaño que descendía, se descubriría en mí otro personaje, al que no podía denominar exactamente y que ya no me obedecía. Y cuando hube de detener mi exploración, porque me faltaba suelo*

---

<sup>2</sup> Cf. BERNHARD CASPER, *Experiencia cotidiana y espiritualidad, Fe cristiana y sociedad moderna*, 25, SM, Madrid (1990) 60.

*bajo los pies, me hallé sobre un abismo sin fondo del que surgía, viniendo no sé de dónde, el chorro que me atrevo a llamar mi vida»<sup>3</sup>. La interioridad es individualidad y, al mismo tiempo, es posibilidad de relación. En la hondura del hombre interior es donde se descubren las grandes llamadas de la verdad, el amor, Dios.*

A mediados del siglo XIX, Feuerbach proclamó la emancipación de la sensibilidad frente a la razón. En otro extremo, la racionalidad pretendiendo erigirse en clave de interpretación de toda la realidad. San Agustín permite el abrazo entre razón y sentimiento; no estamos ante una disyuntiva sino ante la posibilidad de complementariedad. «*La conciencia cristiana, con toda su humildad, pero con toda franqueza, tiene que poder decirle a la conciencia moderna que la razón que se cierra a lo otro de la razón (los sentimientos, la tradición, el carisma, la fe, la cultura) no produce más racionalidad, lo mismo que la libertad sin medida genera opresión y servidumbre, etc.*»<sup>4</sup>.

**SANTIAGO M. INSUNZA, OSA, "Identidad de un Centro educativo agustiniano", en *Elementos básicos de pedagogía agustiniana*, Pubblicazioni Agostiniane, Roma (2006) 151-153.**

---

“El hombre se construye como tal no desde la exterioridad, sino desde su mundo interior. El hombre autónomo es aquel que vive desde una «*interioridad exteriorizada*», es decir, el que vive y se relaciona desde lo que es. Agustín invita al hombre a no ir afuera, a regresar dentro de sí mismo porque la verdad habita en el «*hombre interior*» (*La verdadera religión* XXXIX, 72). «*Andar por dentro es desear las cosas de dentro. Andar por fuera es desechar las cosas de dentro y llenarse de las de fuera*» (*Tratados sobre el Evangelio de San Juan* XXV, 15).

Para Agustín, el hombre necesita volver a sí mismo para poder encontrar lo que es, no lo que los otros quieren que sea (L. Rodríguez, “El maestro de Casiciaco”, Rev. Estudio Agustiniano, 13 (1), pp. 115-120). Esto no significa ensimismarse o aislarse de los otros, sino vivir con los otros en autenticidad. Lo exterior al hombre puede ser una ayuda para que éste pueda descubrir sus potencialidades y actualizarlas para vivir en autenticidad y autonomía”

**CARLOS A. TOTUMO MEJÍA, *Aproximación al ideario pedagógico de San Agustín*, OALA, Iquitos-Perú (2012) 57.**

---

“El ingenio de Agustín no puede ser más exquisito. Tenemos la ventaja de que es un buen poeta. Una sola frase de Agustín es suficiente para poblarnos de sugerencias: «*Pero ¿cómo invocaré yo a mi Dios y Señor, puesto que al invocarlo lo he de llamar a mí? ¿Y qué lugar hay en mí a donde venga mi Dios a mí, el Dios que ha hecho el cielo y la tierra?... ¿Por qué pido que vengas a mí, cuando yo no sería si tú no fueses en mí?*» (*Confesiones* I, 2,2)

Agustín experimenta que él mismo es casa de Dios o, más exactamente, que Dios es la casa de Agustín; una casa en la que Dios nos ha instalado; una

---

<sup>3</sup> *El medio divino*, Taurus, Madrid (1972) 54.

<sup>4</sup> A. DEL AGUA, “Misión y cultura. Es hora de pensar en Dios”, en Rev. *Cristianismo, Universidad y cultura*, Año VI, n° 11, Enero-Junio (2005) 15.

casa en la que oímos el ruido de Dios, que roza los cristales, invitándonos a profundizar más y más en él: «*Porque no son los vasos llenos de ti los que te hacen estable, ya que, aunque se quiebren, tú no te has de derramar; y si se dice que te derramas sobre nosotros, no es cayendo tú, sino levantándonos a nosotros; ni es esparciéndote tú, sino recogiéndonos a nosotros*» (*Confesiones I, 3,3*)”.

**LUIS NOS MURO, *San Agustín de Hipona. Maestro de la conciencia de Occidente*, Ediciones Paulinas (1986) 87-88.**

---

“En Agustín es precisamente esta inquietud del corazón la que lo lleva al encuentro personal con Cristo, lo lleva a comprender que ese Dios que buscaba lejano de sí es el Dios cercano a cada ser humano, el Dios cercano a nuestro corazón, más íntimo a nosotros que nosotros mismos (*Confesiones III, 6,11*). Pero ni siquiera en el descubrimiento y el encuentro con Dios se detiene Agustín, no se recuesta, no se cierra en sí mismo como quien ya ha llegado, sino que continúa el camino. La inquietud de la búsqueda de la verdad, de la búsqueda de Dios se vuelve inquietud por conocerlo siempre más y por salir de sí mismo para hacerlo conocer a los demás. Es precisamente la inquietud del amor. Querría una vida tranquila, de estudio y de oración, pero Dios lo llama a ser Pastor, a Hipona, en un momento difícil, con una comunidad dividida y la guerra a las puertas. Y Agustín se deja inquietar por Dios, no se cansa de anunciarlo, de evangelizar con coraje, sin temor, busca ser imagen del Jesús Buen Pastor que conoce sus ovejas (Jn 10,14), es más, como me gusta repetir, que «siente el olor de su rebaño», y sale a buscar a las perdidas. Agustín vive lo que San Pablo indica a Timoteo y a cada uno de nosotros: Anuncia la palabra, insiste en el momento oportuno e inoportuno, anuncia el Evangelio con corazón magnánimo, grande (cf. 2Tim 4,2) de un Pastor que está inquieto por sus ovejas. El tesoro de Agustín es precisamente esta actitud: salir siempre hacia Dios, salir siempre hacia el rebaño.... Es un hombre en tensión entre estas dos salidas; ¡no privatizar el amor... siempre en camino!”

**PAPA FRANCISCO (De la homilía en la Misa con ocasión de la apertura del 184 Capítulo General de la Orden de San Agustín. Roma, Basílica de San Agustín en Campo Marzio, 28 de agosto de 2013).**